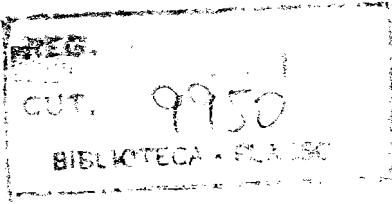


**AMERICA LATINA
ENTRE LA
POLARIZACION
DEL MERCADO
MUNDIAL Y LA
APERTURA**

Wolfgang Schmidt

330.1761

9950



**AMERICA LATINA ENTRE LA POLARIZACION DEL
MERCADO MUNDIAL Y LA APERTURA**

Quito, Diciembre de 1992

Diseño carátula: MAGENTA, Gisella Calderón

Diseño gráfico : Angie Cortázar Cobo

Depto. Editorial - CAAP-

Edición: J. C. Ribadeneira

Imprenta: Albazul Offset

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	7
I. LA FENOMENOLOGIA DE LA CRISIS	14
II. LA DEUDA: ¿EL GRAN CULPABLE?. HACIA EL CAPITALISMO DEL CASINO	18
III. DE LA OLIGARQUIA A LA BURGUESIA “LUMPEN” O: COMO PRODUCIR LA CULTURA ECONOMICA DEL SUBDE- SARROLLO.	27
IV. LOS SUEÑOS DESARROLLISTAS Y LA MODERNIZACION	32
V. EL DISCURSO DEL MERCADO	38
VI. LA REFORMA DEL ESTADO: ¿PRIVA- TIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL	40
VII. LA UTOPIA DE DESARROLLO AUTOCENTRADO O LA ILUSION “DE LA DESCONEXION”	67

	Pág.
VIII. LA ESPECIALIZACION FLEXIBLE Y LA SOCIEDAD MULTICULTURAL	75
BIBLIOGRAFIA	88
COMENTARIOS	
Marco Romero	95
Jürgen Schuldt	105

PRESENTACION

En los últimos años, un cada vez más importante y creciente sector de la actividad del CAAP, se dirige a la discusión, investigación y generación de propuestas que coadyuven a conformar “alternativas de desarrollo”, viables y estructuralmente adecuadas, en el contexto de una sociedad, que como la nuestra, ha ido experimentando ajustes al mismo modelo mercantilista que le es impuesto, desde variantes supuestamente heterodoxas, hasta la actual ortodoxia fundamentalista, cuyos resultados están a la vista y se traducen en incrementos en el desempleo y subempleo; recesión; reducción de la canasta familiar, con sus consecuentes efectos en la desnutrición crónica de niños y madres principalmente, en el aumento de la morbi-mortalidad (el cólera, un huésped indeseable que se quedó, es una muestra); aumento de la violencia delincriminal, entre otros.

Para quienes hemos proseguido en la búsqueda de una sociedad justa, autónoma y soberana, en la que impere la solidaridad y la esperanza, no solo por razones éticas, por demás justificadas, sino que también por nuestra propia sobrevivencia, como Estado-Nación, con una historia cultural específica, la búsqueda de alternativas societales es una obligación y un reto, que desde el CAAP modestamente, tratamos de asumir, tendiendo además a advertir y evitar los procesos de dualización, desarticulación y desintegración, implícitos en el discurso de la “reconversión productiva y la rearticulación internacional”.

Es en esta institucionalidad y praxis que presentamos el trabajo de Wolfgang Schmidt , que abre este primer número de la Serie

DIALOGOS. Esta serie trata de recoger opiniones versadas sobre un tema propuesto. En esta edición contamos con la participación de nuestros compañeros, Jürgen y Marco cuyas colaboraciones escritas agradecemos.

El tema del libro y de este encuentro, proviene de una serie de conversaciones con el autor. Consideramos que a todos nos hubiese gustado ir más allá: aplicar este marco teórico a una situación específica de nuestra realidad; demostrar sus posibilidades. Varias veces así lo conversamos con Wolfgang. Quedamos mutuamente en deuda.

Te agradecemos Wolfgang, por tu esfuerzo y paciencia. A más de tu valor teórico, es ésta una muestra de largas charlas. Proseguiremos perseverantes.

***FRANCISCO RHON DAVILA
DIRECTOR EJECUTIVO - CAAP***

INTRODUCCION

Occidente parece haber llegado a la realización de su proyecto económico: el de la universalización de la comunicación, de la producción y de la circulación bajo las reglas del mercado. Hasta el último rincón del mundo se extendieron las pautas del consumo occidental y el mercado se presenta como el único mediatizador eficiente del trabajo socialmente empleado, mientras la racionalidad europea tiende a dominar todas las expresiones de la existencia humana. Al fin, tanto las economías de subsistencia como la planificación estatal, tuvieron que dejar lugar a la economía capitalista la que se va imponiendo como la forma universal de síntesis social.

Los agentes del mercado están sometidos a las reglas de la competencia que les impone una razón suprema de sobrevivencia: tienen que hacer todo para vencer, librando así un potencial innovativo que destruye tanto la inmovilidad de las sociedades tradicionales como las del socialismo real. Esa dinámica, al barrer las formas tradicionales de producción, también minó las culturas que las sostenían. Así, los mitos fueron desplazados por la razón histórica, y lo sagrado se transformó en normas de conducta social, condenando el mundo de los dioses, a la marginalidad de las últimas tribus nativas que aún sobreviven.

Por otro lado, el taylorismo, no solo como principio organizativo de producción, sino de socialización cultural, terminó la obra de “adiestramiento del gorila” convirtiendo al hombre occidental civilizado, en el modelo universal de ser humano.

La dominación del tiempo abstracto y su sedimentación en las entrañas del hombre moderno, han sido quizás los mecanismos

más eficaces de desarraigar al hombre mítico de su ritmo milenar. Ahora, se mueve como molécula en el continuum del tiempo universal, luchando entre el principio de la aceleración y el tiempo personal que aún le queda.

En la cúspide histórica del sujeto burgués, se perfila su paradoja epocal: al vencer, desaparece en las abstracciones del tiempo y del espacio que pretendió gobernar como individuo autónomo, dotado de capacidad proyectiva y de decisión soberana. Ahora, cuando la lógica del mercado impone sus reglas de modo totalizante, el principio de la soberanía está esfumándose en la interdependencia sistemática del mercado mundial.

La teoría del mercado se construyó a partir del paradigma de la realización de las decisiones individuales libres; sin ellas, el mercado no podría funcionar; en consecuencia, las ideas de la democracia y del mercado están íntimamente vinculadas, constituyéndose en los pilares legitimadores del proyecto burgués.

Curiosamente, la tendencia mundial a establecer procedimientos democráticos formales, revela con más nitidez la paradoja contemporánea de la cual hablamos: ésta no se constituye como contradicción entre el mercado y la dictadura, entre el mercado y el poder autoritario y que han logrado con frecuencia convivir (la Alemania Nazi, Chile de Pinochet), sino en la disolución del sujeto mismo. En el fondo se trata de una contradicción entre las teorías europeas tradicionales de individuación y la realidad de sociedades contemporáneas de masa sin razón mayor.

La resurrección reciente de la idea de autonomía en su forma de discurso étnico, nacional o racista, se perfila como la reacción más poderosa a esa esquizofrenia del proyecto occidental pero tampoco escapa de esa lógica, pues al proclamar la identidad, el

discurso nativista suprime la transformación real de las tradiciones mediante el disolvente del dinero mundial, edificándose como mero reflejo negativo de la abstracción moderna.

Una de las interrogantes subyacentes del presente trabajo se encuentra ahí: ¿significa la integración al mercado mundial necesariamente la disolución de las identidades peculiares o se abre un espacio comunicativo intercultural que enriquece la identidad peculiar con las capacidades innovativas universales? De no ser así resultará de la integración económica un mestizaje desperfilado, un zombi funcional carente de individualidad, un enano cultural que se alimenta de la TV internacionalmente sincronizada... o nacerá un sujeto que logre dominar su tiempo y que esté dotado con la capacidad de manejar la diferencia, como el reto cultural mayor de la modernidad?.

Por el momento solo se ve que frente a la gran homogeneización y su reacción, el fundamentalismo, el discurso de pluralidad e individualidad que sirvió como ideología legitimadora de las democracias occidentales, pierde credibilidad y eficiencia política.

Más allá de las cuestiones sofocantes de la distribución de la riqueza mundial y del manejo del medio ambiente, la lucha política se va a perfilar sobre esa capacidad del individuo de decidir sobre su tiempo, pues en las metrópolis la defensa del tiempo individual ya constituye una conflictividad aguda que caracteriza la resistencia de un sujeto en disolución. Quien, después de una jornada laboral, se somete un par de horas al tráfico, pasa por el supermercado, para después, exhausto, caer frente a la TV no es dueño de su tiempo ni de su vida, y el discurso de las bondades del mercado y la democracia formal

sobrevuela la realidad cotidiana de un individuo cada vez más fastidiado.

La escasez del tiempo destruye la comunicación interpersonal, reduciéndola a la telecomunicación, y la capacidad de elegir se reduce a la elección de bienes de consumo. Así, la democracia corre el peligro de convertirse en una empresa electoral a la cual cada vez menos gente concurre, y será lógico que a la disolución del sujeto social seguirá la desaparición del ciudadano. Al fin, la visión “cínica” del Niklas Luhmann de una sociedad sin sujeto y sin razón se hará realidad: “solamente hay ratas en el laberinto que se observan mutuamente y que llegan a una estructura sistemática pero nunca a un consenso”.

Ahora, el discurso fundamentalista apunta a la posibilidad regresiva de salvación, buscando en el renacimiento de la sangre y de la tierra la posibilidad de crear una alternativa a la sociedad sin sujeto. Pero al edificarse sobre una identidad fantasma reedita la ideología totalitaria, el discurso del “uno” orientado a eliminar el otro, la diferencia, y se cierra nuevamente un espacio que recién parecía abrirse, después del derrumbe de las ideologías clásicas: el de reencontrarse en base de la existencia real del mercado mundial, con la memoria de culturas milenarias y poder vincularlas con la búsqueda de la libertad del individuo. La búsqueda en un pasado glorificado no serviría para emprender semejante camino y frente el fundamentalismo religioso y la planicie uniforme de la funcionalidad tecnocrática o, si se quiere, del laberinto de ratas, en realidad, queda un espacio muy reducido, espacio que desde luego no se llenará con nuevas utopías.

A pesar de los lamentos, la muerte de la utopía es un alivio, pues abre posibles sendas de una creatividad social desamarrada. Las utopías siempre despreciaron al presente, frente a un

futuro imaginario - y así despreciaron al hombre concreto en favor de un hombre construido, provocando millones de muertos en nombre del porvenir. Las experiencias del Golgota, del Gulag y de Auschwitz son suficientes como para renunciar a las promesas utópicas. "Las catástrofes modernas, tarde o temprano, resultan del mensaje feliz de un 'profeta' falso". (Klossowski). ¿El fin de la historia? Nadie lo sabe. Los profetas del presente olvidan que sin memoria no hay vida, y si hay futuro es dudable frente a la obra destructiva en la cual la humanidad se encuentra ocupada. Tal vez la última utopía que nos queda: vivir sin esperanza, sin aquellas proyecciones, pero dotados con memoria.

El dinero sintetiza los tiempos particulares en el tiempo social abstracto, estableciéndose como el único denominador universalmente aceptado. Si antes la síntesis social se generó a través de la ética, los rituales sagrados y el poder, ahora el dinero a escala mundial funciona como único sintetizador sistémico.

Mientras el tiempo tradicional se construyó alrededor de ritmos orgánicos, el tiempo moderno se organiza mediante la segmentación matemática y el interés monetario, pues es la tasa de interés que vincula el pasado con el presente y el futuro, y en el movimiento del capital financiero internacional culmina la síntesis social. El trabajo individual (o nacional) que no se subordina a esa lógica, está condenado a desaparecer. En un mundo desencantado, la tasa de interés tiende a ser el único hilo real, que vincula el pasado de la sociedad con su futuro.

Así, el mercado es mercado mundial en un sentido radical: no hay espacios autónomos y la "autodeterminación de los pueblos" parece un canto nostálgico o demagogia barata.

La victoria del mercado anula las alternativas y la autodisolución del socialismo real, quita a la sociedad burguesa lo otro, el polo negativo que le sirvió como legitimación de su existencia propia. Solo puede referirse a sí mismo, lo malo no está en lo otro, está adentro de su propio escenario y no hay culpables externos. Parece un espejo en una planicie infinita, la dialéctica se habrá acabado, y el sujeto burgués tiende a desaparecer, no en la hoguera de la revolución, sino al encerrarse en sí mismo.

Pero al final de esta vía se levanta un fantasma que la destrucción del conflicto ideológico entre el este y el oeste destapó: el del abismo social entre los “participantes libres” del mercado mundial. Al destruir las formas tradicionales de reproducción desarraigó a cientos de millones de campesinos y artesanos de sus economías de subsistencia, sin haberles podido ofrecer una perspectiva económica alterna, y la desaparición del socialismo real confrontó a fondo al capitalismo, con su propio conflicto: el de la universalidad del principio del mercado y la desigualdad real de las oportunidades. La paradoja se expresa en la igualdad que constituye el mercado mundial como procedimiento social (como dueños de dinero todos son iguales) y la radical desigualdad de la distribución de la riqueza. Tras el discurso omnipotente de la libertad del mercado y bajo las reglas de la comunicación universal, es evidente que el Turco, el Boliviano o el Haitiano empobrecidos asoman en los aeropuertos de los centros de la riqueza mundial, tomando en serio la oferta del mercado libre de trabajo. De esta manera se está formando un movimiento de emigración sin precedentes en la historia - trabajadores flotantes del mercado mundial que amenazan a los centros de la riqueza mundial. La reacción de Europa muestra la esquizofrenia del discurso mercantil: propaga la libertad económica y cierra las fronteras. Universaliza las relaciones sociales e intenta construir Europa como una fortaleza que de-

fiende con xenofobia, sus privilegios económicos. A la vez se genera bajo la matriz de la universalidad, el miedo al otro que luego se convierte en odio a todo lo que es diferente.

Lo nuevo de la situación no radica en la desigualdad social como tal, sino en la ausencia de alternativas. El juego dialéctico suponía que las contradicciones inherentes de la reproducción del capital producen “lo otro” a través de procesos revolucionarios. Ahora vemos que las masas pauperizadas del mercado mundial no construyen alternativas societales desde la dialéctica del capital, sino que se esfuerzan por “integrarse” a como de lugar. Los que definitivamente no lo logran, no desarrollan perspectivas anticapitalistas, sino que se refugian en las promesas de la salvación religiosa, como muestra el auge impresionante de sectas en el Africa negra.

Así, la polaridad entre el capitalismo y la utopía socialista parece disolverse en un “nuevo orden mundial”: los centros de acumulación defienden con medios económicos, diplomáticos y militares su posición, mientras los parias del desarrollo se escapan a fundamentalismos de cortes distintos, sin capacidad de articular alternativas económicas o políticas.

Así, el “fin de las ideologías” en realidad se presenta como la oposición de un discurso del poder actual: el del mercado libre, y el de la fe fundamentalista. La reestructuración internacional del poder militar corresponde a esta nueva situación: a pesar de las promesas del discurso aperturista, la mayoría de la población mundial no va a poder vivir ni al estilo, ni al nivel material de occidente pero si, obligatoriamente, bajo las reglas del mercado y del dinero mundial.

Como consecuencia, los países ricos están creando un nuevo sistema de seguridad que responde al desafío que constituye la desigualdad social bajo los límites ecológicos del crecimiento económico ya que el modelo fordista, que determinó tanto el desarrollo del capital como la industrialización en el socialismo real, dejó al mundo con una hipoteca ecológica difícil de pagar.

Al fin de su carrera victoriosa, Occidente se ve asediado por las masas empobrecidas que ha producido a lo largo de los últimos 500 años, y “con la espalda contra el hueco del ozono” (H. Müller).

Son estos los conflictos que determinan el ambiente real del discurso del mercado; “la apertura” de América Latina se inscribirá dentro de la dinámica de estos conflictos. Los sueños de autodeterminación, de disociación y de desvinculación del mercado mundial y sus contradicciones inherentes, se mostrarán como muletas intelectuales incapaces frente a la lógica del capital internacional.

I. LA FENOMENOLOGIA DE LA CRISIS

Si tomamos el desarrollo económico de occidente como punto de referencia, la década de los 80 ha sido una década perdida para América Latina. No hay país que escapó de la crisis. Las curas recetadas son conocidas: la estrategia de la apertura y la desregularización de la economía.

Si la década de los ochenta fue la “década perdida para el desarrollo”, los noventa no prometen ningún cambio sustancial para las economías latinoamericanas. No se trata solamente de la permanencia de la inflación, del deterioro de los salarios

Como consecuencia, los países ricos están creando un nuevo sistema de seguridad que responde al desafío que constituye la desigualdad social bajo los límites ecológicos del crecimiento económico ya que el modelo fordista, que determinó tanto el desarrollo del capital como la industrialización en el socialismo real, dejó al mundo con una hipoteca ecológica difícil de pagar.

Al fin de su carrera victoriosa, Occidente se ve asediado por las masas empobrecidas que ha producido a lo largo de los últimos 500 años, y “con la espalda contra el hueco del ozono” (H. Müller).

Son estos los conflictos que determinan el ambiente real del discurso del mercado; “la apertura” de América Latina se inscribirá dentro de la dinámica de estos conflictos. Los sueños de autodeterminación, de disociación y de desvinculación del mercado mundial y sus contradicciones inherentes, se mostrarán como muletas intelectuales incapaces frente a la lógica del capital internacional.

I. LA FENOMENOLOGIA DE LA CRISIS

Si tomamos el desarrollo económico de occidente como punto de referencia, la década de los 80 ha sido una década perdida para América Latina. No hay país que escapó de la crisis. Las curas recetadas son conocidas: la estrategia de la apertura y la desregularización de la economía.

Si la década de los ochenta fue la “década perdida para el desarrollo”, los noventa no prometen ningún cambio sustancial para las economías latinoamericanas. No se trata solamente de la permanencia de la inflación, del deterioro de los salarios

reales y del desempleo que indican la prolongación de la crisis: son la estructura productiva, las políticas económicas neoliberales aplicadas en casi todos los países de América Latina y las actuales tendencias en el mercado mundial, lo que en conjunto impiden prever un cambio significativo de la situación económica para la mayoría de la población latinoamericana.

Y esto es cierto a pesar de los “éxitos” anunciados últimamente. No hay duda, que el subcontinente está saliendo de la fase de crecimiento negativo. La radical aplicación de la política de ajuste ha logrado “limpiar” los circuitos económicos de sus trabas burocráticas más notorias. A la vez ha creado en algunos países condiciones favorables para la inversión extranjera. Se están produciendo así, flujos considerables de importación de capital en Chile, México, Venezuela, Colombia y últimamente en Argentina. Las cifras globales de crecimiento económico (en algunos casos como Venezuela llegan en el año pasado al 9.5%), parecen dar razón a la estrategia de privatización radical.

Pero si analizamos el boom más de cerca, se revelan problemas estructurales conocidos:

Primero, las cifras de crecimiento en los mencionados países parten de una larga fase de aumentos bajos o negativos y de descapitalización aguda. Era evidente que al bajar la tasa salarial tan brutalmente, tenía que llegar un momento de rentabilidad del capital. Salvo el caso de Chile, hasta el momento se trata entonces de una recuperación relativa de lo perdido, sin un crecimiento encima del nivel alcanzado antes de los años '80.

Segundo, la inversión de capital se da en sectores fundamentalmente de maquila, de servicios y de extracción de materias

primas, sin revolucionar los aparatos productivos tradicionales. El sueño de la industrialización se reduce a la modernización de sectores ya vinculados a la economía mundial, dando como resultado islas de desarrollo, que se han creado a partir de los años 30 en casi todos los países de América Latina.

Las recientes cifras del crecimiento económico y de ingresos per cápita encubren la distribución desigual del ingreso. Así, en Venezuela por ejemplo, esta corresponde al 9.5% del crecimiento económico; más del 50% de la población siguen viviendo en condiciones de miseria sin mejora alguna, la inflación sobrepasa el 30%, los salarios reales siguen bajando y la mitad del empleo se encuentra en el sector informal; ejemplo que se repite en los otros casos de “éxito” de la política neoliberal.

El boom de Chile, México y Venezuela corresponde al “éxito” del sector externo de la economía y, como en épocas anteriores, tiende a pronunciar los desequilibrios estructurales conocidos.

“Lo nuevo” radica en una estrategia, diseñada para articular el modelo tradicional de industrialización de América Latina con los requerimientos de la nueva división internacional del trabajo, creando una gigantesca industria de maquila en zonas francas que generan empleo, pero que de ninguna manera están vinculadas a la economía nacional en su conjunto. Salvo en el sector servicios, estas formas productivas no generan impulsos de reestructuración innovativa en el resto de la economía. De esta manera, se perfila una estructura que posiblemente integre un tercio de la población económicamente activa a una economía internacional complementaria, muy dinámica y con ingresos comparables con los percibidos en los centros de acumulación mundial, mientras los restantes dos tercios de la población seguirán viviendo en condiciones mediocres, engrosando el sector

informal de la economía. El caso más dramático de este “modelo” nos parece México: habrá un segmento de la economía dolarizada que logre articularse a la dinámica del mercado mundial a través de la inversión extranjera, pero por otro lado, la economía pequeña y mediana corre el riesgo de desaparecer o ingresar a las prácticas de sobrevivencia, desarrolladas en el sector informal. Esto equivale a la realización de la estrategia neoliberal a ultranzas, pues el sector informal es el único mercado que funciona realmente como mercado libre en el sentido radical; no hay ninguna compensación social de su lógica, ningún reglamento jurídico, es la ley urbana de la selva; la única “relación” que conoce, consiste en la balanza del poder tribal entre mafias barriales que controlan los circuitos comerciales. Mientras tanto, la gran industria se perfila como la prolongación de las ramas extensivas de producción internacional, sin generar las capacidades creativas de las industrias internacionales de punta que concentran en sí la innovación tecnológica.

Otro ejemplo es Brasil: perteneciendo a los países exportadores más importantes del mundo, sin embargo no ha logrado superar ninguno de los síntomas notorios del subdesarrollo: pobreza aguda de la mayoría de la población, desequilibrios pronunciados del aparato productivo, desvinculación entre los diferentes sectores de la economía, atraso tecnológico en materia de las tecnologías de punta y una pesada deuda externa, todo esto acompañado con una concentración del ingreso nacional, que permite solo a un élite reducido vivir a niveles del consumo internacional.

De esta manera, la tendencia hacia la “sociedad de dos tercios” en los países desarrollados se reflejará en los países del tercer mundo como tendencia hacia una “sociedad de un tercio”, en el mejor de los casos.

Así, se está generando una diferenciación de las economías latinoamericanas en aquellas que vinculan un segmento dinámico y desregularizado de la economía directamente a los circuitos internacionales de reproducción y estos que corren el peligro de caer en la mediocridad absoluta: Perú y Ecuador en la región Andina, Nicaragua, Honduras y Guatemala en América Central, como también algunos países del Caribe (Haití por ejemplo ya está en esta situación del no va más allá).

Ahora, revisaremos los argumentos más definidos en torno de las causas de la crisis de América Latina. Aun con el riesgo de repetir algunos datos conocidos, nos parece importante, primero, ponderar de nuevo la deuda externa, porque creemos que la deuda con todo el peso que tiene opacó la vista hacia las causas internas del subdesarrollo; después analizaremos tanto el desarrollismo, las posiciones neoliberales y el enfoque del auto-centramiento, para finalmente discutir la propuesta de la especialización flexible terminando con un razonamiento sobre el futuro del mercado y la democracia en América Latina.

II. LA DEUDA: ¿EL GRAN CULPABLE?

HACIA EL CAPITALISMO DE CASINO

La mayoría de los científicos sociales latinoamericanos ha detectado en el peso de la deuda externa la causa fundamental de la crisis. Mientras en las décadas 60/70 se acusaba al "imperialismo" de causar el subdesarrollo y la dependencia económica, los años 80 dieron el paso de la postura política anti-imperialista al discurso más moderado de "la deuda", aún cuando el argumento central no cambió: son las relaciones externas que provocan el atraso económico de la región.

Así, se está generando una diferenciación de las economías latinoamericanas en aquellas que vinculan un segmento dinámico y desregularizado de la economía directamente a los circuitos internacionales de reproducción y estos que corren el peligro de caer en la mediocridad absoluta: Perú y Ecuador en la región Andina, Nicaragua, Honduras y Guatemala en América Central, como también algunos países del Caribe (Haití por ejemplo ya está en esta situación del no va más allá).

Ahora, revisaremos los argumentos más definidos en torno de las causas de la crisis de América Latina. Aun con el riesgo de repetir algunos datos conocidos, nos parece importante, primero, ponderar de nuevo la deuda externa, porque creemos que la deuda con todo el peso que tiene opacó la vista hacia las causas internas del subdesarrollo; después analizaremos tanto el desarrollismo, las posiciones neoliberales y el enfoque del auto-centramiento, para finalmente discutir la propuesta de la especialización flexible terminando con un razonamiento sobre el futuro del mercado y la democracia en América Latina.

II. LA DEUDA: ¿EL GRAN CULPABLE?

HACIA EL CAPITALISMO DE CASINO

La mayoría de los científicos sociales latinoamericanos ha detectado en el peso de la deuda externa la causa fundamental de la crisis. Mientras en las décadas 60/70 se acusaba al "imperialismo" de causar el subdesarrollo y la dependencia económica, los años 80 dieron el paso de la postura política anti-imperialista al discurso más moderado de "la deuda", aún cuando el argumento central no cambió: son las relaciones externas que provocan el atraso económico de la región.

La deuda latinoamericana no es un fenómeno nuevo. De hecho se origina en los años de la postguerra a raíz de una práctica capitalista normal: para promover nuevas inversiones, el capital extranjero moviliza recursos financieros internos latinoamericanos; de las ganancias obtenidas, paga los intereses a los bancos regionales y, para la transferencia de ganancias a los países industriales y su conversión en dólares, acude al endeudamiento externo.

En los años 50 y 60, antes de la crisis de la deuda, las balanzas comerciales latinoamericanas tendieron a ser equilibradas. No habían excedentes significativos que salieran de la región y tampoco habían entradas de excedentes a América Latina. Por otro lado, las inversiones extranjeras directas no aportaban un mayor ingreso de capital, pues el capital internacional acudió a los mercados financieros regionales para financiar las inversiones que luego se convirtieron en inversiones foráneas con el derecho de repatriación de ganancias. Se calcula que solo el 15% de las inversiones extranjeras fueron realmente hechas en divisas, el resto provenía del ahorro interno.

La balanza de pagos de América Latina mostró entre 1950 y 1983 una inversión extranjera directa de 54,6 mil millones de dólares y una transferencia de ganancias al exterior de 64,9 mil millones de dólares. Pero se estima que de los 54,6 mil millones de dólares, máximo 10 mil millones realmente provinieron del exterior. Entonces, el drenaje real de capital al exterior en esta época se puede estimar alrededor de 55 mil millones de dólares. Entre 1950 y 1983 no hubo un solo año que haya registrado un ingreso neto de divisas para América Latina, a pesar del registro de un saldo positivo de ingresos de divisas entre 1977 y 1983 (Hinkelammert, Franz, 1989).

Como América Latina no produjo excedentes comerciales, la única forma de financiar el éxodo de dólares fue el endeudamiento externo. El servicio de estos créditos se financió con créditos nuevos y así sucesivamente. A partir de 1972, por primera vez, el pago de intereses excedió la transferencia de ganancias del capital productivo y en los años 80 la relación entre el pago de intereses y la transferencia de ganancias fue de 15 a 1. El capital financiero desplazó definitivamente al capital productivo, generando la raíz del “automatismo del endeudamiento” en los años 70 y 80 pues, la preponderancia del capital ficticio sobre el capital productivo, reforzó la cultura económica dominante, caracterizada más por la especulación y las transacciones comerciales que por una mentalidad productivista.

Ahora, la primera crisis petrolera empujó al “automatismo de la deuda” a otro nivel, liberando enormes cantidades financieras en los mercados monetarios internacionales. En estos años, América Latina fue un campo de colocación de dinero ocioso por excelencia, pues el mecanismo de endeudamiento ya estaba en marcha y requería “fresh money”. Mientras la industria latinoamericana crecía, los centros del capital internacional sufrían una crisis profunda, ensanchando así los canales para alimentar el ya existente mecanismo de la deuda en América Latina.

Después de la primera fase de industrialización en los años 30/40, parecía haber llegado el momento más apropiado para el tan deseado despegue de las economías más desarrolladas de América Latina, pues se podía esperar que el flujo de créditos hacia la región, financiaría las inversiones necesarias para mejorar cualitativamente la estructura productiva, abriendo a la par el espacio de los mercados internos, en una situación en la cual, el comercio internacional se hallaba deprimido y con poca

fuerza para competir en los mercados latinoamericanos. De hecho, la combinación entre el crecimiento económico (entre 5 y 10%), los créditos y la recesión en los países industrializados, creaba mejores condiciones de desarrollo que las políticas estatales de la sustitución de importaciones. Sin embargo, el capital “nacional” no supo aprovechar esta situación, y en vez de reestructurar la economía, grandes cantidades financieras se diluyeron en actividades especulativas o en proyectos pomposos y obsoletos.

Países como Brasil y México al final del modelo “fordista”, se embarcan en proyectos de la producción industrial de masas y a la vez, siguen transfiriendo recursos del sector agrícola al sector industrial con la esperanza de que la creación de una base de industria pesada (sector I) permitiera lograr tres metas: sustituir importaciones y exportaciones y pagar con las divisas ganadas la deuda contraída. Se estimó que la deuda se podría pagar sin problemas, activando el potencial industrial a gran escala y promoviendo las exportaciones no tradicionales. Sin embargo, esta estrategia de “gran potencia” terminó directamente en la trampa del financiamiento: en una situación de recesión en el mercado mundial, la situación de exportaciones era ilusoria.

Por otro lado, el éxito del crecimiento industrial no logró independizar la estructura productiva de las importaciones de bienes industriales sofisticados, al contrario las pronunció aún más. Por último, no se previó la posibilidad de un aumento del nivel de intereses después de la crisis del capital internacional.

La crisis de la deuda estalla cuando, en 1982, los centros financieros internacionales exigen el pago de la deuda y se niegan a financiar el servicio de la misma con créditos nuevos.

¿Qué ha cambiado? Mientras en América Latina la deuda aumentó, por un lado, los canales de capital especulativo y por otro, financió el proyecto clásico de sustitución de importaciones apuntando a fomentar la producción industrial de masas, el capital internacional logró, aun de manera desigual, una reestructuración profunda de las relaciones de producción y sus bases tecnológicas, iniciando una nueva época de crecimiento económico que terminaba con la época extensiva del “fordismo” para abrir la fase “postindustrial”.

Así, la crisis de los 70 funcionó como catarsis, creando los fundamentos no solo de un nuevo auge y expansión, sino provocando una renovación cualitativa de la estructura productiva. Ya no flotaba dinero ocioso en los mercados financieros internacionales; al contrario, las inversiones productivas comenzaron a ser lucrativas en los centros de acumulación y se requería de nuevos fondos de financiamiento de gran escala. Cuando los intereses y las ganancias subieron, América Latina no pudo ofrecer campos suficientemente lucrativos de inversión productiva, por haberse embarcado en proyectos industriales poco competitivos. Paralelamente, la revolución tecnológica relativizó la importancia de las materias primas y, junto al pago del servicio de la deuda bajo el peso de intereses ahora elevados, el espacio económico de América Latina se redujo drásticamente.

Es a partir de esa reestructuración del mercado mundial, que el capital financiero internacional ve en el pago de la deuda y su inversión en los centros de acumulación, la posibilidad de seguir obteniendo ganancias de la región, y a la vez disponer de los recursos financieros necesarios para alimentar el nuevo boom de la época electrónica. La larga crisis de valorización de capital en los años 60/70, y el déficit fiscal y comercial de los Estados Unidos llevaron al sistema monetario internacional a un punto

Límite de funcionamiento; la reducción relativa de las inversiones productivas frente al crecimiento del capital ficticio, amenazó a desembocar en una crisis similar a la vivida en los años 30.

Fueron la revolución tecnológica, la reestructuración de la relación capital-trabajo y la reducción de los servicios públicos, más la concentración de inversiones en los países industrializados, los que no solo evitaron el estallido de la crisis, sino que dieron inicio a una nueva época de crecimiento. En este contexto, la “periferia” fue restringida a un rol complementario: provisión de recursos materiales a precios cada vez más reducidos, importación de bienes industriales y de suministro de capital de dinero en la medida posible.

Y de hecho, como en otras épocas, el cobre, el estaño, el caucho o el petróleo alimentaron la circulación del capital internacional, el pago de la deuda a partir de 1982, nutrió vía capital financiero, una parte de los nuevos requerimientos de financiamiento del capital internacional, concentrado en los países industrializados y las regiones asiáticas en auge.

El proceso de endeudamiento latinoamericano no es un hecho aislado, sino que se vincula a la transformación global de la economía internacional a través de una red abstracta de relaciones monetarias, y las formas de - inscripción de las economías latinoamericanas en la división internacional del trabajo, no se dan de una manera directa mediante la producción o intercambio comercial, sino por medio de las redes del capital financiero.

Aparentemente, la deuda constituye la causa de la crisis, pero lo es solamente de una manera superficial. De hecho el capital extranjero pudo movilizar el ahorro interno latinoamericano y

transferir divisas al exterior, para dejar desembocar la operación en el automatismo del endeudamiento, solo a raíz de las estructuras internas latinoamericanas, su inscripción peculiar en la división internacional del trabajo y la transformación global del capitalismo contemporáneo hacia una “economía de casino” (E. Altvater, 1991).

La verdadera dimensión de la deuda no radica en la “injusticia” y la explotación extraordinaria “del imperio”, sino en la articulación de tres tendencias del capitalismo contemporáneo: la flexibilización electrónica de los aparatos productivos, la “terciarización” de la economía y el dominio del capital ficticio; tendencias que producen en su confluencia una abstracción social sin precedentes, “un sujeto automático” (Marx) que tiene su expresión más nítida en la creciente importancia de la circulación de títulos financieros.

En el dinero como medio de pago está dada la posibilidad de la disociación entre la circulación real de las mercancías y su expresión monetaria. Así, el velo del dinero encubre la esfera de producción y de consumo, provocando una ilusión monetaria que tiende a tomar al signo como acto económico real. Al entrelazarse la circulación monetaria con la circulación de mercancías, se genera esa abstracción que imposibilita distinguir entre “lo real” y “lo ficticio”: la máscara y la cara se confunden en la creación de un fetiche que domina tanto las relaciones de producción como sus representaciones simbólicas. Ahora bien, si en la abstracción de la circulación ya radica el germen de la ficción, el capital a interés, lo lleva a su culminación. La vinculación entre el pasado, el presente y el futuro se expresa solo en una dimensión cuantitativa especulativa: el préstamo puede traducirse en ganancia real o en pérdida. En un sistema de cheques cruzados desaparece la posibilidad de dis-

tinguir entre capital real y ficticio y la economía se abre a un espacio fantasmagórico. Es este espacio abierto que libera la producción de sus amarres tradicionales y su cercanía a la materialidad, lo que la empuja hacia una espiral de ampliación cuantitativa, autoacelerándose al romper toda barrera conservadora de lo concreto. A la larga, el capital e interés domina la cultura económica: es la universalización del diferencial de títulos monetarios y no la tasa de ganancia del capital productivo lo que se constituye en eje de la dinámica económica. La tasa de interés tiende a formarse en función de la comparación intermonetaria entre las diferencias de los intereses y las tasas de cambio, en operaciones altamente especulativas y no en función de transacciones reales (inversión, producción y comercio). (Altvater, 1991).

En este contexto, la deuda ya no es el paso anterior del proceso productivo, sino un elemento en la circulación del capital ficticio y del “déficit spending”.

El proceso de distanciamiento institucional entre el oro y el dólar que hemos observado en las últimas décadas, corresponde a esta lógica: era imposible que la moneda universal se mantenga amarrada a una mercancía concreta, mientras la sed del capital a interés rompía toda barrera mercantil.

Paralelamente al aflojamiento de la relación entre el dólar y el oro, se dio en los Estados Unidos en proceso de endeudamiento tanto público como privado que convirtió a la primera potencia económica mundial en el deudor más grande: en 1990 el endeudamiento público bruto alcanzó 3.113 billones de dólares, lo que quiere decir más de la mitad del producto nacional, y el servicio de la deuda absorbió el 14,7% (1990) del presupuesto del Estado.

Por otro lado, la deuda privada alcanzó el 97% (1987) de los ingresos privados, provocando la transferencia de más del 50% de las ganancias del capital productivo al sector financiero. Si se toma en cuenta el empeoramiento de la posición competitiva internacional de los Estados Unidos (la balanza comercial registró en la década de los 80 un déficit de 919 billones de dólares), no debe sorprender que el dólar se haya devaluado desde los años 70 en más del 30%, alimentando el proceso inflacionario internacional.

El creciente distanciamiento entre las transacciones “reales” y su expresión monetaria también se revela en el mayor crecimiento del crédito en relación al crecimiento de producto nacional: entre la primera crisis petrolera (1973) y el comienzo de la crisis de la deuda (1982), los créditos en los países industrializados crecieron en 25.4% mientras el producto nacional bruto creció en 2.8% (1973-80).

En resumen, desde los años 70 la economía mundial se transformó paulatinamente en una economía de la deuda cada vez más distanciada de los movimientos de la tasa de ganancia del capital productivo. Así, en Estados Unidos las ganancias netas entre 1980 y 1987 sumaron 1.867 billones de dólares, mientras el volumen de los intereses alcanzaron la cifra astronómica de 2.285 billones de dólares.

La deuda latinoamericana forma parte de esta transformación del capitalismo contemporáneo en una economía especulativa: lo que importa son las ganancias a corto plazo en su mayoría alcanzadas en el mercado financiero. Los límites se presentan cuando la tasa de interés sobrepasa las posibilidades de los deudores de pagar el servicio de la deuda. En la medida que la economía internacional en general y en particular los Estados

Unidos acumularon una deuda pública cada vez mayor, era evidente que los intereses tenían que aumentar también, provocando dos hechos: la crisis de la deuda de los países pobres y un automatismo de la deuda que tiende a autoalimentarse. Hay que mantener la ficción porque al destaparla quebraría el sistema en su conjunto.

III. DE LA OLIGARQUIA A LA BURGUESIA “LUMPEN” O: COMO PRODUCIR LA CULTURA ECONOMICA DEL SUBDESARROLLO

Desde la colonia, la economía latinoamericana fue una economía internacional, y en este sentido, las “nuevas” exigencias de apertura resultan extrañas. A lo largo de su historia, América Latina ha estado abierta tanto cultural como socialmente, más que ninguna otra región del mundo, y es solo a partir de la sustitución de importaciones que se aplica una política proteccionista a un sector de la economía. El mercado interno se generó a raíz del intercambio internacional, produciendo la inversión del proceso clásico: la generación de excedentes internos que luego se intercambiarán en el mercado mundial.

Desde la colonización española se gestó la economía de enclave y con inversiones mínimas, se produjo una estructura productiva que permitía la recuperación violenta del capital invertido, para luego alimentar las inversiones mediante el ahorro local. Los abundantes recursos naturales y la mano de obra barata, abrieron las puertas para una aristocracia que no estuvo interesada en la generación interna de redes productivas, sino en la generación de empresas, capaces de extraer recursos materiales para venderlos en el mercado mundial. En este modelo, el uso intensivo de la mano de obra y el aumento de la produc-

Unidos acumularon una deuda pública cada vez mayor, era evidente que los intereses tenían que aumentar también, provocando dos hechos: la crisis de la deuda de los países pobres y un automatismo de la deuda que tiende a autoalimentarse. Hay que mantener la ficción porque al destaparla quebraría el sistema en su conjunto.

III. DE LA OLIGARQUIA A LA BURGUESIA “LUMPEN” O: COMO PRODUCIR LA CULTURA ECONOMICA DEL SUBDESARROLLO

Desde la colonia, la economía latinoamericana fue una economía internacional, y en este sentido, las “nuevas” exigencias de apertura resultan extrañas. A lo largo de su historia, América Latina ha estado abierta tanto cultural como socialmente, más que ninguna otra región del mundo, y es solo a partir de la sustitución de importaciones que se aplica una política proteccionista a un sector de la economía. El mercado interno se generó a raíz del intercambio internacional, produciendo la inversión del proceso clásico: la generación de excedentes internos que luego se intercambiarán en el mercado mundial.

Desde la colonización española se gestó la economía de enclave y con inversiones mínimas, se produjo una estructura productiva que permitía la recuperación violenta del capital invertido, para luego alimentar las inversiones mediante el ahorro local. Los abundantes recursos naturales y la mano de obra barata, abrieron las puertas para una aristocracia que no estuvo interesada en la generación interna de redes productivas, sino en la generación de empresas, capaces de extraer recursos materiales para venderlos en el mercado mundial. En este modelo, el uso intensivo de la mano de obra y el aumento de la produc-

tividad mediante la innovación tecnológica, como también la creación de redes productivas asociadas, estaban prácticamente ausentes, impidiendo así la creación de economías nacionales.

En principio, esta estructura se mantuvo hasta la mitad de siglo. Las oligarquías latinoamericanas eran -y de algún modo siguen siendo- agentes del capital internacional para organizar la extracción de los recursos necesarios para alimentar los procesos productivos en los centros de acumulación.

De ahí toda una cultura económica de enclave que domina hasta ahora las relaciones sociales de América Latina: una oligarquía ociosa, orientada a aprovechar los recursos naturales y humanos vía explotación extensiva; una burocracia ostentosa, organizada más para reproducir la simbología del poder y el aparato represivo, que para dar lugar a la generación de una infraestructura eficiente; finalmente, el capital protegido bajo el escudo del Estado y la sombrilla discursiva del “desarrollo nacional”.

Alrededor de esta estructura se organizó una red frágil de talleres artesanales más de reparación que de producción propia: con ofertas baratas de servicios, relaciones serviles y de dependencias personales, que fueron creando una cultura cotidiana de subordinación, desconfianza y resistencia camuflada.

El único referente común se cristalizó en las relaciones familiares y la fé católica que en su conjunto garantizaron, tanto la continuidad social, como la reproducción de la vida individual aparte y a menudo en contra de la cultura pública, produciendo el síndrome de “cada uno por su cuenta” y dejando una moral doble: una hacia adentro y otra hacia afuera de la muralla familiar.

Con cierta distancia y funcionando con reglas propias de autonomía relativa, la hacienda estableció un *status-quo* político conservador: las formas organizativas españolas medievales se articularon con las formas comunitarias indias, generando relaciones complejas de dominación y consenso, basadas en una estructura tecnológica fundamentalmente estable (A. Guerrero, 1991). Por sí solo, el sistema cultural y político de la hacienda no produjo elementos de modernización, ni de democratización secular, porque se fundamentó en la continuidad de las relaciones de producción, la red negociada de jerarquías personales y sus representaciones simbólicas.

Este mosaico cultural, fraccionado en múltiples panales y atravesada por fronteras de castas, no generó una ética de trabajo protestante como Weber la detectó a su tiempo en las culturas europeas nórdicas; consecuentemente no se arraigó el actuar en proyectos y el pensar a futuro, restando a las sociedades latinoamericanas una de las estrategias más significativas de la modernidad: la velocidad del cambio social, y la proyección innovativa.

La “deuda” jugaba un papel importante desde el principio: sin el sistema de giro de letras cruzadas, el comercio internacional no se habría iniciado jamás. Si el endeudarse para pagar luego es un procedimiento capitalista normal, en una economía de extracción extensiva, orientada exclusivamente al mercado mundial, se vuelve hábito central de las operaciones mercantiles. No existe para fomentar un proceso productivo, sino para “aceitar” el intercambio, creando una red de promesas de pago y estableciendo capitales ficticios que abren el sistema financiero a las operaciones especulativas de manera excesiva. Con el tiempo, la oligarquía latinoamericana se transformó en una burguesía “lumpen” (A.G. Frank) que delegó la tarea del desarro-

llo al capital extranjero. La novedosa exigencia de apertura ignora la historia de la economía latinoamericana pues, fue precisamente su inserción en la economía mundial lo que creó en ella una estructura productiva, incapaz de competir con el capital internacional.

Por otro lado, la deuda hacia afuera también tenía su elemento correspondiente al interior de las haciendas, minas y plantaciones. El concertaje de indios era un reflejo de los lazos internacionales donde la deuda generó una atadura en dos sentidos: encadenó a las relaciones sociales pero también a las fuerzas productivas, congelando por siglos el *status-quo*.

Es esta ausencia de dinámica social, la que permitió un complejo juego de resistencias nativas bajo las reglas de la dominación, generando una cultura heterogénea, mosaica, de territorios y querencias mutuamente respetadas.

Frente a la parcelación de la sociedad, surgía correspondiente, la pompa del Estado: aseveración simbólica del poder central para asegurar el mínimo de cohesión social y de funcionalidad pública, necesaria para el flujo continuo de las operaciones comerciales. No se generaron reglas democráticas de control, pues no eran requeridos en un sistema político excluyente y reducido a un grupo de familias conocidas. Las relaciones entre los grupos oligárquicos y el "resto" de la sociedad no exigían foros democráticos, sino juegos políticos de coerción y consenso, cuyas reglas se definían según los códigos tradicionales y el juego de fuerzas locales.

Así, las relaciones internas latinoamericanas están marcadas por un hecho paradójico: por un lado, la conquista inicia los tiempos modernos, mientras que por otro, reproduce a su interior

una mezcla de estructuras medievales e indias tradicionales que establecen un tejido heterogéneo, poco apto para la modernización económica, o para la creación de una sociedad; más bien surgía un espacio peculiar entre la tribu y la sociedad que impide una racionalización occidental integracionista, creando un “caos social” dotado de capacidades creativas propias. Su ámbito es exactamente el refraccionamiento de la sociedad y la ausencia del proyecto totalizante de la modernidad crea sistemas discontinuos de tiempo y de espacio. Solo en las grandes urbes, la modernidad se cristaliza como el modo dominante de existencia social, ciudades que tienen una relación más estrecha con Europa que con el pueblo vecino a 20 millas de distancia.

Por otro lado, conviven ritmos temporales que van desde el paleolítico hasta la velocidad electrónica, impidiendo la imposición de una racionalidad temporal homogénea.

Un proyecto globalizante “de desarrollo” que trata a este abanico de condiciones sociales y culturales solamente como obstáculos y no como el agua en la cual se mueve, corre el riesgo de operar en un mundo inventado, contribuyendo de esta manera a la reproducción generalizada del ambiente público fantasmagórico. Las consecuencias se plasman en la producción de un sinnúmero de proyectos cuyos destinos se encuentran en los archivos burocráticos.

En resumen, el discurso de la “injusticia”, de la “deuda impuesta” y del poderío imperial queda corto, pues reduce el complejo juego social latinoamericano y su llamado “atraso” a las relaciones de dependencia externa, las cuales, aun siendo el impulso inicial de las estructuras sociales actuales, dejan de ser la explicación globalizante de los problemas del desarrollo.

A la vez, curiosamente el discurso de “la deuda” tiende a idealizar la modernidad occidental, e ignora la lógica general de la reproducción capitalista. ¿A poco las relaciones patrón-obrero en una fábrica de Londres del siglo pasado eran más “justas” que el porcentaje de indios? Y el intercambio de equivalentes no estableció un mundo idílico equitativo en Europa, sino que creaba las bases de la racionalidad económica que no dejó de tener un carácter de explotación por ser más moderno y organizado que en la periferia. Lo peculiar de las relaciones económicas de América Latina no radica en su carácter injusto o de excesiva explotación externa, sino en la ausencia de una mentalidad productivista. El homo faber no es el ideal cultural de los pueblos latinoamericanos y esto se puede considerar como una virtud o su contrario; en la primera mitad de éste siglo, se generó una dinámica social y política que tendió a considerar la ausencia de una cultura productivista como desgracia; consecuentemente impulsó la modernización vía el modelo de sustitución de importaciones y la introducción del “fordismo” en América Latina, como sabemos hoy, de dudoso éxito.

IV. LOS SUEÑOS DESARROLLISTAS Y LA MODERNIZACIÓN

Mientras en el contexto teórico, el desarrollismo representa la variante latinoamericana del keynesianismo europeo, en el orden social expresa el anhelo de “modernización” que comenzó a dominar el escenario político de América Latina desde los años treinta, articulando la necesidad de una fracción de la oligarquía por inscribirse, a través de la industria, en el nuevo orden de la economía mundial que comenzó a perfilarse entre las dos guerras. La experiencia de la gran crisis de los años 30 minó la confianza en las fuerzas del mercado, creando un am-

A la vez, curiosamente el discurso de “la deuda” tiende a idealizar la modernidad occidental, e ignora la lógica general de la reproducción capitalista. ¿A poco las relaciones patrón-obrero en una fábrica de Londres del siglo pasado eran más “justas” que el porcentaje de indios? Y el intercambio de equivalentes no estableció un mundo idílico equitativo en Europa, sino que creaba las bases de la racionalidad económica que no dejó de tener un carácter de explotación por ser más moderno y organizado que en la periferia. Lo peculiar de las relaciones económicas de América Latina no radica en su carácter injusto o de excesiva explotación externa, sino en la ausencia de una mentalidad productivista. El homo faber no es el ideal cultural de los pueblos latinoamericanos y esto se puede considerar como una virtud o su contrario; en la primera mitad de éste siglo, se generó una dinámica social y política que tendió a considerar la ausencia de una cultura productivista como desgracia; consecuentemente impulsó la modernización vía el modelo de sustitución de importaciones y la introducción del “fordismo” en América Latina, como sabemos hoy, de dudoso éxito.

IV. LOS SUEÑOS DESARROLLISTAS Y LA MODERNIZACIÓN

Mientras en el contexto teórico, el desarrollismo representa la variante latinoamericana del keynesianismo europeo, en el orden social expresa el anhelo de “modernización” que comenzó a dominar el escenario político de América Latina desde los años treinta, articulando la necesidad de una fracción de la oligarquía por inscribirse, a través de la industria, en el nuevo orden de la economía mundial que comenzó a perfilarse entre las dos guerras. La experiencia de la gran crisis de los años 30 minó la confianza en las fuerzas del mercado, creando un am-

biente político apto para la propagación de un modelo de economía mixta y del intervencionismo estatal. La desconfianza en el mercado puro no dominó solamente al campo socialista, sino también influyó sobre amplios sectores burgueses que vieron la necesidad de compensar los efectos sociales negativos de la reproducción del capital, mediante la intervención del Estado. Pero más allá del discurso económico hubo un consenso cultural de promover activamente la modernidad a través de lo público: se generalizó la convicción de que las grandes obras de electrificación, de transporte y de comunicación, deberían ser planificadas desde el Estado.

La idea central del Keynesianismo gira alrededor de la intervención estatal para manipular la demanda agregada y la tasa de interés, con el fin de obtener el pleno empleo con un nivel de precios estables. Supone que en una situación de depresión coyuntural, el Estado es capaz de aumentar la demanda mediante la política fiscal y monetaria, a tal extremo de reiniciar la inversión productiva. La manipulación de la tasa de interés y el manejo del déficit fiscal son los instrumentos claves de la política anticíclica keynesiana.

Desde ahí se desarrolla la teoría del crecimiento, que detecta en la ampliación del mercado interno, la posibilidad de aumentar la demanda agregada, no solo conduciendo al equilibrio con pleno empleo, sino al crecimiento equilibrado de largo alcance. Así, el Estado juega un papel significativo no solo en la política coyuntural, sino también en la estrategia de crecimiento económico, pues para los keynesianos ortodoxos, el Estado es la entidad que compensa los desajustes del sistema capitalista "puro" y, como promotor del desarrollo, aumenta directamente la demanda agregada mediante la ampliación de la infraestructura. En el contexto de la política económica de crecimiento, el

Estado no se reduce a manipular el volumen de esa demanda agregada, sino que interfiere directamente en su estructura, garantizando tanto la estabilidad cíclica como el crecimiento equilibrado de largo plazo.

En América Latina, el instrumentario keynesiano se tradujo en un proyecto de ampliación del mercado interno, mediante la sustitución de importaciones y el aumento de las obras públicas, articulando un paquete de medidas económicas que fue aplicado en casi todos los países latinoamericanos:

- El Estado intervino activamente para crear las bases materiales del desarrollo; fundó empresas públicas en los sectores estratégicos de la economía, subvencionó los créditos y aumentó las obras públicas.

- Se sobrevalorizó sistemáticamente las monedas nacionales con el fin de abaratar los insumos importados destinados a generar una industria nacional de bienes de consumo duraderos, a la par que se encarecerían las exportaciones, para reorientar las actividades productivas hacia el mercado interno.

- Con monedas sobrevaluadas, el fomento de la industria nacional solo era posible mediante un sistema aduanero proteccionista.

- Como la sobrevaluación de las monedas y el sistema proteccionista generaron déficits en las balanzas comerciales, era necesario recurrir al endeudamiento externo para financiar el proceso de sustitución de importaciones. Este tipo peculiar del “déficit spending” estuvo plenamente de acuerdo con la teoría keynesiana dominante pues, se suponía que el aumento de las inversiones internas aumentaba de manera geométrica los in-

gresos vía el “efecto de multiplicación”. La teoría postulaba que en una situación de bajos ingresos generalizados, la propensión del consumo fuera alto y el del ahorro bajo, produciendo así una acelerada ampliación de la demanda interna, y el pago de los créditos no parecía ningún problema.

Hasta aquí la teoría y las políticas económicas que engendró. ¿Qué pasó en realidad? Pues, de hecho la producción industrial en la mayoría de los países latinoamericanos aumentó y, en el caso de Brasil, se puede hablar de un verdadero boom industrial que superó el modelo de ensambladores finales de componentes importados.

El Estado logró crear una infraestructura mínima de comunicación, transporte y energía, necesaria para el aumento de las actividades económicas internas. También el sistema de servicios públicos como de salud, de pensiones y de educación se amplió, permitiendo la reproducción de la fuerza de trabajo.

Sin embargo, a largo plazo el desarrollismo fracasó. Se ahondaron los desequilibrios estructurales internos, se reforzó el contexto internacional de las economías latinoamericanas sin el desarrollo interno correspondiente, reproduciendo la vieja estructura concentradora a un nivel cuantitativo mayor. Así, se daba lugar al germen de la crisis de los ochenta.

¿Cuáles fueron las causas del fracaso?

En primer lugar, el proyecto de sustitución de importaciones y la ampliación del mercado interno requería como precondition, una reforma política y social a fondo, si realmente pretendía el desarrollo económico y la modernización de la sociedad en su conjunto.

Sin una redistribución de ingresos, una reforma agraria con sentido técnico -una simple redistribución de la tierra sin criterios de productividad se ha mostrado contraproducente- y la transformación del Estado clientelista, burocrático y paternalista en un aparato funcional, era imposible lograr la transformación de la sociedad de castas en una democracia moderna. Ideológicamente, el desarrollismo apuntaba a la modernización occidental de América Latina, pero sin contar con el sustento social necesario. De este modo solo logró una modernización a medias, una figura distorsionada entre la tradición y la modernidad. Fue resultado de la clásica orientación externa de la sociedad blanco-mestiza: sin tomar en cuenta las fuerzas sociales internas importó un modelo de desarrollo, igual como antes importó los bienes de lujo, reproduciendo la eterna imitación de modos de vida europeos. El teatro de la modernidad imitada, cambió las ciudades sin tocar la sociedad, barnizando, con una pátina de simbología moderna, las viejas relaciones sociales a un costo extremadamente alto.

Tras los muros aduaneros proteccionistas se creó una industria oligopólica para satisfacer el consumo de las altas castas sociales. Con salarios miserables y bajo la ausencia de una reforma agraria, orientada a aumentar la producción interna de alimentos, la estrategia desarrollista de ampliar el mercado interno tenía que fracasar. Pues, la extrema concentración de ingresos redujo la demanda de los nuevos bienes de consumo a un estrato social pequeño con ingresos muy altos. Así, el nivel de precios de estos bienes estuvo hasta 300% más alto que en el mercado mundial (T. Hurtienne, 1988).

La combinación entre el proteccionismo, el patronato del Estado y la concentración de ingresos creó una industria mimada y poco expuesta al viento de la competencia internacional. El

sistema de subvenciones y favores subsistía a nivel público y, el Estado seguía siendo un patrón de distribución de favores, antes que un aparato funcional.

En estas condiciones, el crecimiento industrial no provocó la reestructuración de la sociedad, sino la modernización del sistema enclavista. La producción interna de bienes de consumo implicó el aumento de la importación de bienes de capital, generando un desplazamiento de la estructura importadora tradicional hacia los insumos industriales. Este desplazamiento no disminuyó la dependencia, al contrario, la reafirmó y la prolongó hacia el futuro. Mientras las necesidades de financiamiento externo aumentaron, la industrialización no inició el deseado proceso de multiplicación de ingresos. Más bien pronunció la concentración de ingresos, manteniendo la misma propensión de consumo. Así, el ahorro interno no se invirtió en sectores productivos o procesos innovativos internos - era más lucrativo invertirlo en dólares especulativos dentro del sistema bancario internacional.

La estrategia de “la desintegración” y la sustitución de importaciones no logró el “desarrollo autónomo”, sino la perpetuación de la inscripción tradicional en el mercado mundial y, de cierto modo, una desvinculación involuntaria. Hasta ahora, el 80% de las exportaciones latinoamericanas siguen siendo productos primarios y los restantes 20% se distribuyen entre Argentina, Brasil y México. El hecho que América Latina participa en los segmentos menos dinámicos del mercado mundial (el volumen del comercio mundial decreció en el sector extractivo en un 35% mientras creció en el sector industrial en 85%), no abre ninguna perspectiva de crecimiento bajo las reglas actuales del comercio internacional, y esto se refuerza, viendo la declinación drástica de la tasa de inversión. Así, todo el esfuerzo de la industrializa-

ción latinoamericana se resume en una cifra: su participación en la generación internacional del valor industrial se redujo de 6,4% (1980) a 6,1% (1987).

La crisis estructural del modelo de sustitución de importaciones no desaparecerá con la inyección de "fresh money"; al contrario, sin la reforma del Estado, del agro y de la distribución de ingresos es de suponer que el dinero fresco solo sirvió para prolongar la sobrevivencia de la estructura actual. No hay que olvidar que las élites latinoamericanas, juntos con la banca internacional, eran causantes y ganadores de la crisis de la deuda pues, entre 1976 y 1985 la fuga de capital sumó 130 mil millones de dólares (un tercio de la deuda) y los créditos no fueron destinados a proyectos productivos, sino a la especulación, saqueando las cajas públicas y desviando hacia allá los flujos financieros. Es evidente, que las "élites nacionales" tienen un vivo interés en la reducción o la anulación de la deuda, pues sin ningún esfuerzo productivo ganarían dos veces.

La reducción drástica de la deuda es una condición necesaria, pero de ninguna manera suficiente para salir del estancamiento de la economía latinoamericana. Sin afectar la red de privilegios, favores y patronatos, la reducción de la deuda no va a tener efectos notables.

V. EL DISCURSO DEL MERCADO

Desde 1982, la banca acreedora empieza a cobrar la deuda latinoamericana que antes se financió con créditos nuevos y, es desde entonces, que el FMI y el Banco Mundial presionan por los "ajustes estructurales". De hecho, las instituciones internacionales utilizan la deuda para interferir directamente en la

ción latinoamericana se resume en una cifra: su participación en la generación internacional del valor industrial se redujo de 6,4% (1980) a 6,1% (1987).

La crisis estructural del modelo de sustitución de importaciones no desaparecerá con la inyección de "fresh money"; al contrario, sin la reforma del Estado, del agro y de la distribución de ingresos es de suponer que el dinero fresco solo sirvió para prolongar la sobrevivencia de la estructura actual. No hay que olvidar que las élites latinoamericanas, juntos con la banca internacional, eran causantes y ganadores de la crisis de la deuda pues, entre 1976 y 1985 la fuga de capital sumó 130 mil millones de dólares (un tercio de la deuda) y los créditos no fueron destinados a proyectos productivos, sino a la especulación, saqueando las cajas públicas y desviando hacia allá los flujos financieros. Es evidente, que las "élites nacionales" tienen un vivo interés en la reducción o la anulación de la deuda, pues sin ningún esfuerzo productivo ganarían dos veces.

La reducción drástica de la deuda es una condición necesaria, pero de ninguna manera suficiente para salir del estancamiento de la economía latinoamericana. Sin afectar la red de privilegios, favores y patronatos, la reducción de la deuda no va a tener efectos notables.

V. EL DISCURSO DEL MERCADO

Desde 1982, la banca acreedora empieza a cobrar la deuda latinoamericana que antes se financió con créditos nuevos y, es desde entonces, que el FMI y el Banco Mundial presionan por los "ajustes estructurales". De hecho, las instituciones internacionales utilizan la deuda para interferir directamente en la

política económica de la región, imponiendo su política de mercado total que domina el escenario mundial de los 80.

La declinación del reformismo keynesiano a fines de los años 70, no correspondió a caprichos políticos o al simple “avance de la derecha”, sino a tres procesos económicos reales: primero, en una situación de “stanflación”, el instrumentario keynesiano de la política anticíclica ya no funcionó. Por otro, se evidenció que el intervencionismo desarrollista no traía los resultados deseados de crecimiento económico y, por último, la reestructuración del capital creó nuevas condiciones políticas, desplazando el modelo keynesiano en favor de los conceptos neoliberales y la “desregulación” de la economía. Los ajustes estructurales, recetados por el FMI significan el intento de adaptar la política económica latinoamericana a estas nuevas condiciones.

La política del FMI se reduce al fomento de las exportaciones y la reducción del gasto público, y parece que para la política neoliberal articulada hacia América Latina, los únicos indicadores económicos relevantes son el saldo de la balanza comercial y el déficit fiscal.

Colateralmente el FMI propone una serie de medidas, diseñadas a apoyar la política de fomento de las exportaciones:

- La reducción del gasto público, específicamente de los servicios sociales, en favor del sector privado.
- Una política de devaluación monetaria para fomentar las exportaciones.
- Liberalización del comercio externo.

- Apertura para el capital extranjero.

Hasta ahora, ningún país latinoamericano ha tenido éxito al seguir la estrategia neoliberal -(Véase los argumentos en la introducción de este ensayo)-. Los problemas estructurales persisten y, a pesar de los sacrificios económicos y sociales, el ingreso per cápita se estanca o disminuye. Sin embargo el FMI insiste en su política, sosteniendo que las reformas no fueron realizadas a fondo. Sobre todo subraya la necesidad de radicalizar la privatización de funciones y empresas públicas.

VI. LA REFORMA DEL ESTADO: ¿PRIVATIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL?

En los últimos años comienza a generarse, como un consenso inapelable, el hecho que la desburocratización del Estado y su democratización, son condiciones basilares para iniciar un proceso de recuperación económica en la región; pero los conflictos políticos surgidos al calor de este emblema, ponen en cuestión el carácter y la dirección de las reformas.

Nosotros sostenemos que la oposición entre privatización y etatismo corresponde más al encierro ideológico de los diferentes bandos que a la búsqueda de soluciones pragmáticas; existe entonces lugar para un camino heterodoxo de descentralización que tiene dos puntos de referencia: una mayor eficacia del sector público y la democratización de la sociedad como condición del proceso de mejoramiento de los servicios, sean estos públicos o privados. Hasta el momento, “la privatización” ha sido más una campaña ideológica incapaz de alterar los mecanismos del viejo clientelismo, o la tozudes del Estado y la

- Apertura para el capital extranjero.

Hasta ahora, ningún país latinoamericano ha tenido éxito al seguir la estrategia neoliberal -(Véase los argumentos en la introducción de este ensayo)-. Los problemas estructurales persisten y, a pesar de los sacrificios económicos y sociales, el ingreso per cápita se estanca o disminuye. Sin embargo el FMI insiste en su política, sosteniendo que las reformas no fueron realizadas a fondo. Sobre todo subraya la necesidad de radicalizar la privatización de funciones y empresas públicas.

VI. LA REFORMA DEL ESTADO: ¿PRIVATIZACION O DESCENTRALIZACION SOCIAL?

En los últimos años comienza a generarse, como un consenso inapelable, el hecho que la desburocratización del Estado y su democratización, son condiciones basilares para iniciar un proceso de recuperación económica en la región; pero los conflictos políticos surgidos al calor de este emblema, ponen en cuestión el carácter y la dirección de las reformas.

Nosotros sostenemos que la oposición entre privatización y etatismo corresponde más al encierro ideológico de los diferentes bandos que a la búsqueda de soluciones pragmáticas; existe entonces lugar para un camino heterodoxo de descentralización que tiene dos puntos de referencia: una mayor eficacia del sector público y la democratización de la sociedad como condición del proceso de mejoramiento de los servicios, sean estos públicos o privados. Hasta el momento, “la privatización” ha sido más una campaña ideológica incapaz de alterar los mecanismos del viejo clientelismo, o la tozudes del Estado y la

informatización de la gestión pública no significó más que la modernización del edificio bizantino conocido.

Una reforma del Estado destinada a otorgar al sector público capacidad de intervención eficiente no se reduce a la modernización técnica de sus funciones, ni a la simple privatización o a la reducción de su tamaño, requiere de una flexibilización organizativa que solo se logrará con la desjerarquización de su estructura orgánica.

La persistencia del carácter cooperativista, y el sistema de clientelismo y de favores están íntimamente ligados a la estructura autoritaria e intransparente del Estado que de hecho se complementan y nacen de la misma cultura política excluyente y antidemocrática que aún domina a la mayoría de las sociedades latinoamericanas. Parece existir una relación directa entre el autoritarismo público y la ausencia de eficacia: mientras menos un sistema logra administrar sus procesos funcionales, más tiende a recurrir a la arbitrariedad y la distribución de favores.

Como reflejo de la sociedad de castas, el Estado sigue siendo un conglomerado de fondos que sostiene una clase media subalterna en función del sistema excluyente global. La monstruosidad de la administración pública no se generó desde la lógica intrínseca de lo público, como sugiere el neoconservatismo, sino más bien nació de la necesidad de los élites de crear funciones públicas, al servicio de sus intereses enclavistas. Así, la intransparencia de la administración pública corresponde a dos hechos: por un lado la burguesía nacional dota a las finanzas públicas con recursos insuficientes (evadiendo el pago de tributos e impuestos), lo que implica sueldos miserables para la mayoría de los empleados y, por otro, históricamente estuvo más interesada en un aparato estatal autoritario y represivo que

en un sistema de servicios públicos. Esta combinación entre recursos reducidos y el carácter autoritario creó un Estado con doble cara: para los élites las funciones públicas son de disposición privilegiada -basta una tarjeta para lograr la atención inmediata- mientras el ciudadano común choca con un aparato que tiene que nutrirse de ingresos “informales”, generando una especie de auténtica privatización de recaudaciones: cada trámite por más absurdo que sea significa una barrera cuya superación implica ingresos extras para los servidores públicos. El sistema de feudos sociales se refleja en el sistema de feudos públicos -cada dependencia estatal cobra tributos de paso. Este sistema muy similar a la estructura pública española funcionó por siglos, y en la medida en que las sociedades latinoamericanas carecían de movilidad social, no se presentaron problemas mayores: el aparato estatal se acomodó a las necesidades públicas reducidas de una oligarquía casi autosuficiente.

Pero en la medida en que las urbes latinoamericanas crecieron de manera exorbitante, el carácter semifeudal del Estado se mostró fatal, pues la ausencia de transparencia desembocó bajo la complejidad social en un laberinto inmanejable, y que en las últimas décadas está volviéndose contraproducente para los intereses de las mismas élites: crearon un bastardo que se convirtió bajo la presión de la modernidad, en un monstruo administrativo. La campaña política actual de deshacerse del Estado corresponde a esa misma lógica histórica que creó al ogro: no funciona en referencia a las necesidades sociales (escuelas, universidades, hospitales, infraestructuras), sino en referencia a la mantención del sistema de los privilegios establecidos, cayendo en una contradicción difícil de superar: por un lado, los intereses económicos requieren de inversiones públicas urgentes para mejorar las condiciones sociales de la reproducción del capital,

y por otro, el aparato público como reflejo torpe de la estructura social jerarquizada es incapaz de realizar semejante obra.

Ahora, la propuesta de la privatización no garantiza de por sí mejores servicios por una doble razón: primero, ciertas funciones sociales no son manejables en términos del mercado (el sector jurídico, la educación, la salud, el manejo del tránsito urbano) - y segundo, la privatización sin la generación de estructuras competitivas simplemente sustituye los monopolios estatales por monopolios privados que a diferencia del Estado posiblemente lograrán hacer ganancias, pero sin ofrecer necesariamente mejores servicios para la sociedad en su conjunto. Bajo estructuras monopólicas, más bien resultarán servicios privilegiados a precios elevados para las castas altas de la sociedad, mientras la mayoría carece de servicio alguno. La división del sistema educativo en escuelas particulares y públicas en los Estados Unidos indica la tendencia: élites por un lado y analfabetismo por el otro. También las experiencias recientes en la ex Unión Soviética demuestran que la liberación de precios bajo estructuras monopólicas causa desastres sociales.

Así, la reforma del Estado y la reducción del sector público no se resuelven con la disminución de ciertos gastos públicos o la privatización de sus funciones: exigen una reforma política que atañe a la sociedad en su conjunto. La reforma institucional nacerá de una democratización global o no será más que una ilusión óptica.

La necesidad de la democratización de la sociedad revela el problema central de la propuesta de la privatización: ¿a quién se confiere las funciones antes desempeñadas por el Estado, y como responder a la cada vez mayor complejidad de sociedades modernas?

En América Latina, el sector privado no ha sido un agente de desarrollo, sino de especulación y de proyectos centralizadores, aportando poco al mejoramiento de los servicios y mercancías ofrecidas, o a la tan deseada modernización de la sociedad. Frente a esta experiencia histórica, la reducción del gasto público es una propuesta insuficiente pues, se inscribe en una estrategia de descentralización del Estado y de la sociedad, o simplemente significa una redistribución de recursos de las clases medias articuladas al Estado hacia la burguesía nacional, sin ninguna garantía del mejoramiento de la educación, del sector de la salud, del transporte urbano o de los trámites administrativos y jurídicos. Una verdadera reforma del Estado si bien incluye una racionalización de gastos, no se logrará con la privatización de sus funciones, sino con la flexibilización descentralizadora del aparato público. La privatización solo serviría en los sectores productivos que definitivamente no conciernen al Estado y que le desvían de su función principal: la de producir las condiciones sociales de la reproducción de los individuos.

Ahora, ¿cómo evitar la tendencia de toda burocracia hacia su crecimiento autoinducido y la rigidez de sus operaciones? Si bien es cierto que el sector privado tiende a la concentración y centralización, minando de esta manera la calidad de las mercancías, el sector público tiende a enclaustrarse en los procedimientos administrativos.

El refortalecimiento de estructuras descentralizadas abre una perspectiva más allá de la controversia estéril: Estado versus privatización. Si la sociedad se caracteriza por una heterogeneidad pronunciada como la latinoamericana, la forma de lo público tiene que reflejar esta diversidad social, adecuando sus funciones a una red flexible entre poderes locales (municipios,

gobiernos seccionales), entidades comunales y el Estado central, sostenida en los mecanismos de mercado.

La descentralización aquí sugerida responde a los fracasos del centralismo político y económico; ya no corresponde tanto a determinada moralidad política cuanto a las exigencias funcionales de sociedades cada vez más complejas. En este contexto, la capacidad de decisión de las entidades en las cuales tienen que resolverse las cuestiones prácticas es esencial: no solo en función de la higiene política y de la generación de una nueva cultura política, capaz de superar el sistema de castas, caciques y de subalternidad que tiene atado a la creatividad social, sino en función del manejo de sistemas complejos de organización social. La verticalidad de las estructuras de decisión se vuelve ineficiente en la medida en que la complejidad de los procesos sociales aumenta. Sin la participación activa de los actores no hay como manejar sistemas multidimensionales, pues el centro de decisión solo es capaz de referirse al marco general de las reglas del juego, más no a las decisiones específicas. En este sentido la democratización de la sociedad es indispensable para lograr esta participación creativa. El autoritarismo dominante en el mundo del trabajo latinoamericano no solo constituye un modo desagradable de conducta gerencial, sino un método desapropiado y contra-productivo, incrementando la ineficacia generalizada de las burocracias tanto públicas como particulares. El "team-work" no es un sueño antiautoritario, sino un procedimiento *sine qua non* en el manejo de estructuras complejas de organización social.

Ahora, si esto es acertado para sociedades que han internalizado cierta abstracción transparente de organización, en sociedades que se caracterizan por un juego complejo entre el autoritarismo y su complemento, la humildad teatral y la resistencia

camuflada, estableciendo redes de doble sentido, mosaicos de información distorsionada que minan la posibilidad de decisiones prácticas desde arriba, la reforma descentralizadora se hace por un lado más urgente para complicarse a la vez, pues es esta misma estructura social de doble piso y de desconfianza la que genera obstáculos para la delegación de decisiones.

A pesar de estas barreras, por cierto muy difíciles de superar, a la larga no quedará otra solución para las burocracias latinoamericanas que someterse a una democratización de sus estructuras internas, si no quieren permanecer como uno de los obstáculos principales de la dinámica social. Las decisiones se toman donde efectivamente se ejecutan y donde existe capacidad de control en las microestructuras del poder local y empresarial, o las decisiones y su ejecución se esfuman en las redes de la corrupción, el laberinto burocrático y la intransparencia social.

Así, el refortalecimiento de estructuras sociales democráticas describe un camino de descentralización del Estado, distante del simple discurso de la privatización. La superación del miedo a la “dispersión” y la disolución del Estado nacional puede conducir al reconocimiento de la diversidad social real, dotándola del marco institucional necesario para el intercambio de informaciones y mercancías.

A nivel técnico la electrónica ha generado capacidades informáticas que resuelven la tensión entre centralidad y dispersión, estableciendo los flujos informativos necesarios entre los entes autónomos y el Estado central. La visión cibernética de la organización social corresponde a la efectividad de la organización de estructuras naturales, abriendo el potencial del “caos organizado”: estructuras rígidas e incapaces de procesar la complejidad de la información tienden a desaparecer, mientras las

estructuras flexibles y dotadas de capacidad de “autoaprendizaje” sobreviven y enriquecen el sistema en su conjunto. La mayor fuerza productiva latinoamericana del futuro no radicará en sus minas, plantaciones o proyectos industriales gigantescos, sino en la capacidad innovativa de jugárselas con el caos en una perspectiva que carecerá cada día más de proyectividad definida. El discurso sociológico de la heterogeneidad sigue caracterizando a la diversidad social como uno de los grandes obstáculos del desarrollo. Pero lo hace desde una idealización metafísica de la supuesta homogeneidad europea (que en realidad nunca existió): eleva la comunidad homogénea e igualitaria al status de la sociedad deseada, mientras ignora la potencialidad productiva de los procesos de diversidad real. En este sentido la psicología latinoamericana sigue siendo un ghetto de deseos paradisiacos de intelectuales protegidos, y distantes de la sociedad en la cual viven.

La potencialidad creativa latinoamericana no va a abrirse bajo las cadenas de la centralidad burocrática, ni las reglas cerradas de las oligarquías. Su posibilidad radica en el reconocimiento de su diversidad cultural y social para poder articular sus propias reglas de funcionamiento social e institucional.

El mercado jugará un papel importante como intermediario, suministrador de recursos e informaciones. Sus límites los marcará la misma sociedad, pues la salud, la educación o ciertas obras de infraestructura rebasan las posibilidades organizativas del mercado. Pero su ubicación fuera de las reglas del mercado y del Estado podría conducir a la creación descentralizada de funciones sociales bajo el control de instituciones locales.

Los criterios de eficacia se determinarán por las reglas del cálculo de costo-beneficio, y el mercado será un punto de referen-

cia del cálculo, pero no el único referente posible. Pues, como la calidad de la vida no se puede medir en términos monetarios, el límite entre la razón del mercado y la normatividad social solo se puede determinar en el juego político concreto. Por esto, la reforma del Estado tiene que girar sobre esta frontera flexible y fluctuante, creando el marco institucional para permitir el juego de la autonomía social y refortalecer los mecanismos del mercado.

El problema está en que la descentralización institucional y el reconocimiento de la diversidad social no se dará desde arriba: será real cuando la misma sociedad lo reafirme. Los grupos de poder no van a autolimitarse, y las capacidades de la sociedad latinoamericana en crear sus ámbitos de expresión y decisión política aún son rudimentarias. Igualmente, el sistema de partidos políticos es tan débil, que aún no está nutriendo un proceso de democratización real, más bien tiende a reproducir el juego del poder de los élites tradicionales. En el Ecuador, la socialdemocracia entró al poder con la intención de crear una relación viva entre el partido y el gobierno para terminar en un presidencialismo intransparente.

Sin embargo, las experiencias mexicanas de flexibilización política, la reciente colombiana, en torno a la formulación de una nueva constitución y los movimientos indígenas en el Ecuador, son indicios de una posibilidad nueva, capaz de romper la vieja estructura encostrada.

Al fin, lo que está en cuestión es, si la apertura va hacia el modelo del mercado total con las consecuencias ya visibles de la disolución del sujeto, o hacia una sociedad cuyo eje de funcionamiento económico será la articulación del mercado al

derecho comunitario y el refortalecimiento de la autonomía de decisión de los segmentos sociales diferenciados.

Por el momento, todo parece marchar hacia la apoteosis del mercado y la homogeneización cultural, pues, las principales corrientes sociales latinoamericanas se esfuerzan en participar - en el último renglón- en la dinámica del gran “equalizer” del mercado mundial. Después de los discursos fracasados del desarrollismo y de la revolución parece quedar nada más que la “apertura hacia afuera”.

LA ESTRATEGIA DE LA “APERTURA” Y EL NUEVO ORDEN DE LA ECONOMIA MUNDIAL

La revolución tecnológica que reestructuró la economía mundial se inició en los años 70 en medio de la mayor crisis de la postguerra. De hecho, no se trata solamente de un proceso de innovación tecnológica, sino de la imposición de un nuevo logos de la economía política, en medio de cambios culturales profundos: el despido del capitalismo del bienestar social en favor del liberalismo selectivo.

La nueva política utilizó la crisis para:

- Controlar la inflación mediante la austeridad fiscal, austeridad que a la vez justificó el desmantelamiento del Estado social.
- Reducir la influencia de los sindicatos.
- Congelar los salarios.
- Introducir los nuevos sistemas de tiempo laboral flexible.

- Flexibilizar la estabilidad laboral.
- Abrir el mercado mundial selectivamente en favor de las industrias de punta.
- Internacionalizar el sistema financiero.
- Finalmente, reorganizar el gasto público en favor del fomento de las nuevas tecnologías.

El eje de la nueva estrategia se basa en el aumento de la productividad, mediante la reducción del costo del trabajo y la introducción masiva de las tecnologías microelectrónicas. En el fondo, se trata de la redefinición de la relación entre el capital y el trabajo para entrar en una nueva fase de acumulación que se despidе del modelo de la producción de masa (fordismo).

El aumento acelerado de la productividad marginal reduce el peso relativo de la fuerza de trabajo, disminuyendo a la vez el espacio tradicional del sindicalismo y debilitando su influencia sobre el Estado.

De esta manera, la política “neoliberal” preparó el terreno social para el despliegue de las nuevas tecnologías: la industrialización electrónica de los servicios y la “terciarización” de la producción, rompiendo así el sistema tradicional, e iniciando la época “postindustrial”, caracterizada por la “especificación flexible”.

“Si la producción de masa es la producción de productos estandarizados con recursos especializados (obreros con competencias profesionales muy limitadas y máquinas especiales), la especialización flexible es la producción de bienes especializados

con recursos generales (obreros con amplias competencias profesionales y máquinas universales, justamente programables). La producción de masa se funda por lo tanto sobre la creciente separación entre concepción y ejecución del trabajo, mientras la especialización flexible, sobre su integración” (C. Sabel, 1991).

La revolución tecnológica de la microelectrónica no constituye solamente un proceso de innovación técnica, sino que forma parte del cambio cultural y social de los años 60:

Desde la revolución industrial, la disciplina del cuerpo, la internacionalización del tiempo abstracto, el autoritarismo, -todo aquello que Foucault llamó “la microestructura del poder”- fueron diseñados en función del modelo de la producción de masa. Si la adaptación del individuo al sistema industrial fue la gran obra cultural de la modernidad, la rebelión de los años 60 inició el cuestionamiento del fordismo que desembocó en la crisis económica de la década de los 70, para luego abrir paso a la era microelectrónica.

Desde Smith, Ricardo y Marx, la economía política sostuvo como dogma sagrado que solo la producción de masa sería capaz de garantizar el desarrollo de las fuerzas productivas mediante la standarización del proceso de trabajo con recursos especializados. La ideología clásica promovió el modelo de la industrialización masificada que dominó la economía mundial hasta la década de los 80. Pero a partir de la crisis de este modelo, se generan nuevas estrategias productivas, abriendo perspectivas de flexibilización que buscan en la articulación de las microestructuras sociales, el potencial innovativo de los procesos productivos.

Si las nuevas tendencias económicas provocadas por la introducción masiva de las tecnologías electrónicas se centran en la reducción relativa de la importancia de los salarios y el aumento de la importancia de la productividad por un lado y, por otro, en la “especialización flexible”, la imagen del obrero industrial como una de las columnas principales del proceso productivo será desplazada por el obrero de cuello blanco que comienza a moverse con gran agilidad entre los servicios y la industria cada vez más diversificada.

La flexibilización de los procesos de trabajo exige una mayor responsabilidad individual, destruyendo las viejas jerarquías y abriendo paso a nuevas formas de auto organización.

La esperanza formulada por los abogados de la descentralidad tendrá no solo su complemento, sino su fuente más fecunda en la organización flexible de los procesos productivos, en donde la movilidad y la capacidad de decisión tienden a ser las calificaciones de trabajo más cotizadas. Lo que Sabel y otros teóricos de la descentralidad tienden a olvidar, es el doble movimiento de la era “postmoderna”: por un lado crea estructuras productivas flexibles que requieren y generan la capacidad creativa individual y, por otro, disuelve al sujeto en el gran molino de la abstracción del mercado mundial.

Si bien es cierto que el fordismo sufrió una crisis aguda y la especialización flexible fue una respuesta, también es cierto que la producción de masa no desapareció del planeta. Más bien se están dando complejas estructuras de articulación entre la producción de masa y la especialización flexible, que producen sus líneas propias de conflictividad. Italia constituye un ejemplo de la contradicción entre el éxito de la especialización flexible y la tozudez de un fordismo dominado por pocas castas

familiares, absolutamente impermeables a los nuevos arribistas de la era electrónica. Así, la gran industria italiana está a punto de despedirse de los sectores más dinámicos del mercado mundial a causa de un aparato productivo obsoleto. La concentración de la gran industria italiana está chocando contra los requerimientos de la especialización flexible, produciendo una crisis que puede provocar lo que el *Corriere della Sera* augura como el escenario posible de los años 90: la desaparición de Italia como quinta potencia industrial mundial.

Si el “nuevo liberalismo” logró crear un ambiente político, propicio para el cambio hacia un nuevo modelo de acumulación en los países industrializados, también es cierto que está lejos de imponer un sistema universal de “mercado libre”: al contrario, bajo sus lemas se ha refortalecido el intervencionismo del Estado en sectores claves y el proteccionismo económico se ha pronunciado, en vez de desaparecer. El intervencionismo estatal no disminuyó, pero su sentido cambió: del fomento de los servicios sociales, se desplazó hacia el fomento de la innovación tecnológica y la renovación de la infraestructura (salvo los Estados Unidos que al concentrar el gasto público en el sector militar descuidó la infraestructura; su deficiencia constituye uno de los obstáculos del crecimiento económico). De hecho, el “liberalismo selectivo” protege a los sectores estratégicos nacionales, mientras promueve la “apertura” de otros. El discurso de la “apertura” se inscribe en el contexto de tres elementos que caracterizan las relaciones económicas internacionales:

1. Un liberalismo selectivo que pretende abrir las puertas de los mercados foráneos sin perder mercados internos, operación contradictoria y, por eso, acompañada de constantes conflictos de la política comercial.

2. Un componente proteccionista que, a pesar del discurso liberal, nunca desapareció; se asocia a un intervencionismo estatal bastante amplio, que actúa básicamente sobre las fases del desarrollo inicial de nuevas tecnologías como sobre las metamorfosis estructurales sectoriales.

3. Un marco institucional internacional (FMI, Banco Mundial, GATT, G-7, Comunidad Europea, Mercado Común Norteamericano) capaz de controlar los procesos de competencia internacional, provocados por la revolución tecnológica.

Bajo la bandera de la liberalización de los mercados, la mayoría de los países industrializados, incluyendo los nuevos tigres asiáticos, han adoptado amplias medidas proteccionistas.

Las barreras aduaneras figuran solamente de manera colateral en un sistema que se vale de medidas no tarifarias: subvenciones para el desarrollo de nuevas tecnologías, ayudas financieras y garantías estatales para capitales de riesgo, subvenciones de exportación para nuevos productos, inversiones estatales en la investigación tecnológica, prohibición directa del uso de ciertas tecnologías y partes en las exportaciones a “zonas en conflicto”, precios de garantía en la agricultura y ayudas de “adaptación estructural” en sectores claves como el acero, las minas de carbón y los astilleros; finalmente, los nuevos reglamentos de las patentes que tienden a crear una red de monopolios del saber, más eficaces que la organización de los mercados.

Frente a esta red de prácticas intervencionistas, las medidas proteccionistas de los países del Tercer Mundo parecen inofensivas y hasta inocentes.

La revolución tecnológica y las nuevas tendencias proteccionistas provocaron una nueva era de internacionalización de capital. La capacidad de la competencia internacional es el criterio clave de las estrategias de inversión; no son las diferencias en el nivel de salarios o la disposición de materias primas lo que determinan los flujos del capital internacional, sino las ventajas que ofrece la presencia en los mercados internacionales, para evadir las barreras proteccionistas y garantizar la participación en los procesos de innovación tecnológica internacional. Se trata de una estrategia de “multilocalización” que tiene como objetivo la penetración productiva del mercado mundial. Se perfila un movimiento que se aleja de la estrategia de colocación de las bases de exportación hacia una estrategia de la exportación de las bases productivas.

Las nuevas tecnologías de comunicación y la flexibilización electrónica de la producción, permiten la creación de redes internacionales de producción que por un lado funcionan según las condiciones de mercados locales, inscribiéndose a la vez en las estrategias globales de la reproducción de capital.

Los movimientos principales de inversión se concentran en los países industrializados, dejando a la mayor parte de los países del tercer mundo fuera de la nueva dinámica de la “multilocalización”.

Europa Occidental y la cuenca pacífica son los mercados más dinámicos de inversiones en el área de las tecnologías sofisticadas, mientras la mayor parte de América Latina queda fuera de los procesos de modernización tecnológica en cuanto afecta sus bases productivas. El efecto de la revolución tecnológica parece reducirse al sistema financiero, las telecomunicaciones, los enclaves de las compañías internacionales y el sector militar.

Así, la brecha tecnológica genera los flujos de capital que se concentran en los países industrializados, provocando a la vez, el ensanchamiento de la misma brecha que conduce al final hacia el círculo vicioso de la nueva polarización internacional: la misma deficiencia de las bases tecnológicas provoca la huida del capital para profundizar la brecha aun más, la misma que seguirá alejando al capital internacional.

La ambigüedad del discurso neoliberal se evidencia aun más, cuando se analiza la diferenciación de los flujos de inversión. Se puede distinguir entre dos diferentes procesos productivos que determinan los flujos del capital internacional: los “upstream” y los “downstream”-procesos. (La argumentación siguiente se basa en las investigaciones de Constantine Vaitsos, 1988).

Los “upstream”-procesos representan las industrias de punta que incorporan un alto porcentaje de gastos de desarrollo e investigación tecnológica, (industria aérea y espacial, computadoras, artículos electrónicos, telecomunicaciones, máquinas electrónicas que producen máquinas) mientras los “downstream”-procesos, se incorporan a las tecnologías de punta como consumidores.

Aún cuando los “downstream”-procesos todavía representan el mayor porcentaje de la producción industrial, las industrias de punta son las más dinámicas: crecen tanto a nivel nacional como internacional de manera sobreproporcional y no sufren los efectos de las transformaciones estructurales o de las recesiones cíclicas.

Los “upstream-procesos” son la productoras del “know how” tecnológico más avanzado y, como tales, son objeto de la inter-

vención estatal. Son los sectores que reciben toda clase de ayuda e incentivos estatales no solo con el fin de fomentar su desarrollo, sino de proteger este “know-how” y concentrarlo en los espacios económicos nacionales. Por un lado, la política estatal de fomento científico-tecnológico está orientada a “internalizar” las ganancias del desarrollo y, por otro, trata de limitar la difusión externa del saber científico. La ayuda estatal es decisiva en el desarrollo de las tecnologías sofisticadas y, a pesar del discurso de la “apertura”, en el sector más dinámico de las industrias, la intervención estatal es clave.

El volumen de producción, el monto de capital inicial (en la industria electrónica de los EE.UU. la necesidad de capital por unidad de volumen de producción, se duplicó a fines de los años 70), complejas condiciones interdisciplinarias de trabajo, infraestructuras sofisticadas y la enorme ayuda estatal, han elevado las barreras iniciales de inversión a un nivel sin precedentes: solo los países con grandes mercados internos o mercados integrados como la CE ofrecen posibilidades de inversión en los sectores “upstream”. Así, casi la totalidad de las inversiones en las industrias de punta, se concentran en los EE.UU., la CE y Japón.

En vez de inversiones directas en el exterior, se perfila una estrategia de cooperación entre las grandes compañías internacionales. Las inversiones realizadas en los sectores más avanzados se concentran en las economías nacionales y, en un segundo plano, en los mercados de la CE y los Estados Unidos. Tanto el volumen de producción requerido para lograr la rentabilidad de las enormes cantidades de capital, como la reducción del tiempo de amortización provocado por el cambio tecnológico, elevan las barreras de entrada a tal nivel, que los países latinoamericanos no tienen posibilidad alguna de participar en el de-

sarrollo de los procesos “upstream”, procesos decisivos para el futuro industrial de un país. Pues, son estos procesos innovativos los que penetran la totalidad de las economías nacionales desarrolladas y las reestructuran de tal manera, que la flexibilidad productiva será la característica de la economía en su conjunto, encementando definitivamente la brecha tecnológica entre los países ricos y pobres.

El proteccionismo, la intervención estatal, la concentración de las inversiones en la industria nacional, la cooperación entre las grandes compañías y la repartición de los mercados parecen ser las principales estrategias industriales en los sectores de tecnología más avanzada, mientras la política de la apertura se refiere a los procesos “downstream”.

Las industrias caracterizadas por procesos “downstream” (automotriz, química, metalmecánica, textil), necesitan la presencia en los mercados foráneos. De ahí la presión del FMI y del Banco Mundial para abrir los mercados y facilitar las condiciones de las inversiones directas. La organización electrónica de las compañías, posibilita la centralización de funciones generales en las matrices, mientras funciones específicas pueden ser delegadas a las filiales distribuidas en todo el mundo. Los movimientos libres del capital, la repatriación de las ganancias y la apertura de los mercados, son esenciales para los sectores de la industria de tecnología media ya masificada.

Así se perfila una nueva división internacional de trabajo que concentra y protege la industria de punta y el saber tecnológico avanzado en los países centrales; alrededor de este centro dinámico y dominante, se coloca un cinturón de países como Brasil y México que reciben inversiones directas en sectores de tecnología intermedia, pronunciando su dependencia tecnológi-

ca de los procesos “upstream” que requieren como “input”. Este tipo de países se constituirán en los mercados secundarios de los bienes de tecnología avanzada, sin capacidad propia de participar en su desarrollo.

Finalmente habrá un nivel de producción de masa tradicional, sin innovación tecnológica y dependiente de los primeros dos estratos: industrias simples de enclave sin mayor incidencia en las economías nacionales; ahí se ubicará la mayoría de los países latinoamericanos, condenados a una dependencia económica cada vez más pronunciada y sin posibilidades de competir en los mercados internacionales. Serán los destinatarios finales de la innovación tecnológica de los centros, obligados a pagar precios elevados para el “know how” de punta y bienes sofisticados, ya indispensables para su reproducción económica.

En resumen, el discurso de la “apertura” es de dos caras: encubre el fuerte proteccionismo y el intervencionismo estatal en los sectores de tecnologías avanzadas, elevando con un sinnúmero de medidas, la barrera de entrada para capitales nuevos; por otro lado, exige la apertura de terceros mercados receptores de sus bienes industriales. De hecho se trata de una política de polarización a escala mundial, reforzando la división entre el norte y el sur. En consecuencia, la estrategia de la diversificación de las exportaciones industriales propuesta también por la CEPAL, no tiene posibilidades de cerrar la brecha del desarrollo que caracteriza a la división internacional del trabajo.

Ahora, analizaremos el último argumento de la estrategia de la “apertura”: ¿cómo pagarán los países latinoamericanos las importaciones de bienes industriales? La respuesta neoliberal es: mediante una ofensiva de exportaciones en los sectores de la minería y la agricultura.

Si revisamos el nivel de precios de las materias primas notamos una tendencia secular a la baja (D. Mezger, 1988). A fines de los años 80, el nivel medio de los precios estuvo 30% por debajo del nivel de los años 50. Los "terms of trade" de las materias primas de origen mineral, bajaron en la primera mitad de la década pasada en un 65%; y no se ve ningún cambio significativo pues, si se analiza las tendencias a largo plazo, se notará una reducción del consumo de materias primas minerales: la demanda sufrió un cambio estructural a partir de la revolución electrónica y, la "miniaturización" de los productos y el uso de nuevos materiales sintéticos como la reducción de metales, hace prever un incremento insignificante en la demanda de materias primas metálicas. Así, la competencia entre los productores de materias primas aumenta y los precios tienden a bajar. La mina de Grande Carajas en la amazonia brasileña es un ejemplo significativo: con tecnologías nuevas expulsó del mercado a los extractores tradicionales. Mientras los países desarrollados logran proteger sus industrias de punta, los países del Tercer Mundo, en el contexto de una política de ofensiva de exportaciones, sufren los efectos de una competencia ruinosa. Si las materias primas en general sufrieron una reducción de los precios, los productos agrícolas lo sufrieron de una manera aún más pronunciada: su precio apenas alcanza un tercio del nivel logrado en 1973 (G. Junne, 1988).

Existe una serie de razones que tienden a deprimir el nivel de los precios agrícolas:

- En primer lugar, la modernización tecnológica aumentó la productividad del trabajo agrícola de manera espectacular, incrementando el volumen de producción.

- La política de devaluaciones provocó una sobreoferta de productos agrícolas en el mercado mundial.
- La sustitución de productos naturales por productos sintéticos reduce la demanda.
- La política proteccionista y de subvenciones agrícolas garantiza a los agricultores de los países ricos, un alto nivel de ingresos con precios relativamente bajos; Los Estados Unidos y la CE gastan anualmente 70 mil millones de dólares en subvenciones agrícolas y las negociaciones en el GATT, muestran la tozudez con la cual impiden la apertura de sus mercados.

En consecuencia, la estrategia de aumentar las exportaciones de las materias primas, no promete ninguna salida del problema de la reducción de los "terms of trade", al contrario, es de esperar, que el aumento de las exportaciones, deprima aun más los precios de las materias primas, mientras los precios de las importaciones industriales se mantienen o suben.

La política indiscriminada de apertura, es un callejón sin salida para la mayoría de los países del tercer mundo: por un lado, se exige a los países pobres abrir sus mercados, mientras los mercados agrícolas de los países industrializados están altamente protegidos; por otro lado, el cambio tecnológico tiende a reducir la demanda de materias primas, mientras aumenta la oferta pues, la exclusión de los países pobres del avance tecnológico, les obliga al incremento de la exportación de materias primas a precios reducidos.

Para países como México y Brasil con mercados internos muy amplios, es posible que exista crecimiento económico mediante

la “apertura”. Bajo los signos de una dependencia más profunda y la prolongación de los desequilibrios estructurales, habrá un aumento de la producción y un incremento del ingreso en este tercio de la sociedad que se vinculó al polo dinámico del mercado mundial.

Pero para los países medianos y pequeños de América Latina, esta estrategia no abre ninguna perspectiva real de superar las barreras del desarrollo.

LA INTEGRACION ACTIVA EN EL MERCADO MUNDIAL Y LOS LIMITES DEL CRECIMIENTO - LA PROPUESTA DE LA CEPAL

La Diversificación de las Exportaciones Industriales y el Rol Discreto del Estado

La CEPAL parte de una crítica audaz de su propia estrategia de sustitución de importaciones y llega a la conclusión de que no se trata solamente de ciertos ajustes necesarios, sino de un cambio del modelo de desarrollo, si América Latina quiere salir del pantano en el cual está sumergida.

A diferencia de la posición neoliberal propone una integración activa de las economías latinoamericanas en el mercado mundial. La intervención del Estado es indispensable para una integración selectiva que, a la vez logre el desarrollo de “núcleos endógenos de innovación tecnológica”.

Para la CEPAL la conexión con las tecnologías avanzadas es esencial para alcanzar la competitividad internacional y el fomento activo de la incorporación del progreso técnico en el

proceso de industrialización, orientado a diversificar las exportaciones constituye el eje del “nuevo modelo”.

La propuesta elude la oposición neoliberal simplista entre estatismo y privatización, apuntando a una profesionalización y descentralización de la intervención del Estado que estima indispensable en un ambiente industrial caracterizado por empresas débiles y poco competitivas.

Si bien es cierto que la nueva propuesta de la CEPAL constituye una estrategia mucho más refinada que la posición neoliberal, sin embargo no constituye un “nuevo modelo de desarrollo” y posiblemente no se trata tampoco de formularlo como tal. La propuesta central de la CEPAL se orienta a la diversificación de las exportaciones industriales y es ahí donde surge la duda sobre la viabilidad de su estrategia.

Con mercados internos débiles, estructuras tecnológicas atrasadas, empresas poco competitivas, una distribución desigual de ingresos y la polarización tecnológica, económica y política del mercado mundial, es difícil divisar espacios de desarrollo industrial que no sean dominados por el capital internacional.

Como hemos visto en el capítulo cuatro, los flujos de capital no alimentan ninguna esperanza para una posibilidad latinoamericana de cerrar la brecha entre el polo desarrollado del mercado mundial y el conjunto de la economía latinoamericana. Más bien, la nueva propuesta puede terminar en un círculo vicioso hartamente conocido: el desvío de recursos hacia los circuitos internacionales de reproducción, sin ningún efecto significativo de ingresos para la economía interna. La CEPAL ignora las tendencias de polarización secular de la economía internacional que solo se perforará en las “islas de desarrollo”, ubicadas en algunos

países de América Latina (Sao Paulo, Santiago, Bogotá, Caracas, el norte de México) y que formarán nexos dinámicos con el capital internacional.

Los límites del crecimiento y el nuevo orden internacional

Ahora, no se trata solamente de las diferencias tecnológicas y de la distribución de capital, sino de los límites del crecimiento, impuestos por la crisis del medio ambiente que empujarán hacia un nuevo orden mundial polarizado. El hecho que la CEPAL deje de lado la dimensión del medio ambiente (Mármora,-Messner, 1991), supone que no ha rebasado la cultura económica del crecimiento y del fordismo, que aún domina el escenario latinoamericano. De ahí también la inocencia con la cual se propone un modelo de desarrollo industrial, como si de por medio, nada hubiese ocurrido.

Si bien es justificada la posición latinoamericana de que los países pobres no pueden pagar la cuenta de la destrucción ecológica, provocada por los países industriales, no es menos cierto que las potencias desarrolladas están generando estrategias de exclusión del modelo industrial de crecimiento.

El nuevo orden mundial se centra alrededor del triángulo Estados Unidos, Europa Occidental y Japón con sus cuatro tigres a lado. No se trata de un centro hegemónico de dominación, sino de una estructura multipolar, caracterizada por fuertes diferencias competitivas. (La diferenciación en el aumento de la productividad entre las potencias industriales es marcado: EE.UU.: 2,5%; Japón: 7,4% Alemania Federal: 4,9%; 1971-80) En vez de un nuevo orden internacional "de paz y crecimiento" (Bush), al fin de la época de la guerra fría, se vislumbra más bien la resurrección de los conflictos clásicos entre las potencias indus-

triales, antes encubiertos por las tensiones entre el este y el oeste.

La diferencia respecto de la era imperialista clásica radicaré en la ausencia de la necesidad de conquistar al mundo no capitalista, proceso históricamente ya consumado. Ahora se trata de una conflictividad al interior de los centros de acumulación y en la cual la “periferia” capitalista reflejaré la resonancia de la batalla competitiva entre los tres polos del mercado mundial.

Más allá de la dimensión netamente económica hay una tendencia a estabilizar esta estructura, a raíz de los límites de la economía fósil (oil economy) (Elmar Altvater, 1991). El acceso barato a los recursos no renovables, constituye la base del éxito industrial en los países desarrollados y, como se evidencia que la propagación del fordismo en todo el mundo acabará con las bases materiales del sistema industrial prevaleciente, se perfila una estrategia que excluye la mayor parte del planeta del nivel de vida occidental. Como hemos visto, la tendencia a construir la “fortaleza Europa” para frenar la nueva “invasión de los bárbaros” define una línea conflictiva entre la universalización del proyecto occidental y la imposibilidad de su generalización planetaria, creando un potencial bélico diversificado que amenaza la “época de paz” que se propagó después del derrumbe del bloque soviético. La guerra del golfo fue un ensayo político-militar para dejar en claro las reglas de juego de la política internacional del futuro: nadie va a impedir el acceso libre y barato de las potencias industriales a los recursos estratégicos que sostienen el “american way of life” en los centros de desarrollo, incluyendo las islas de desarrollo en el tercer mundo.

Una reconciliación entre la estrategia de la CEPAL y el “ecodevelopment” como lo proponen algunos autores (Mármora,

Messner por ejemplo) nos parece ingenuo: es el paradigma del crecimiento industrial como eje central del desarrollo lo que está en cuestión. La “fossil economy” llegó a sus límites materiales y estos límites se expresarán en una lucha sobre los recursos escasos entre los países ricos y pobres. Este conflicto pone en tela de juicio al proyecto civilizatorio occidental y el pánico que se articula alrededor de la posibilidad que “algún dictador tercermundista”, tenga acceso a la bomba nuclear, expresa la atmósfera dominante en los países desarrollados.

Desde la búsqueda del Dorado, el proyecto occidental se caracteriza por el esfuerzo de encontrar o inventar la fuente eterna e independiente de la riqueza. Al encontrar los recursos fósiles se inició la época industrial, ampliando el espacio de la civilización enormemente. Pero pronto se evidenció que era solo cuestión de tiempo, el llegar nuevamente a los límites impuestos por la naturaleza. La energía nuclear fue una consecuencia lógica del largo sendero emprendido al inicio de la época moderna, pero el festejo de la nueva libertad ilimitada del progreso industrial, pronto reveló su otra cara: la energía nuclear trae consigo la muerte. Los que inventaron una tecnología diseñada para librarse de la dependencia de los recursos fósiles, fueron los primeros en utilizarla como arma. Ahora parece imposible controlar el fantasma una vez liberado y la lucha por la participación en los frutos del progreso, se dará bajo el signo de esta amenaza.

Las nuevas estructuras tecnológico-militares y el orden político internacional serán marcadas por estos fenómenos: la distribución desigual de la riqueza bajo el signo de la crisis del medio ambiente y la amenaza nuclear. Cualquier proyecto de “apertura” sea activa o pasiva, se jugará en este contexto.

VII. LA UTOPIA DE DESARROLLO AUTOCENTRADO O LA ILUSION DE LA “DESCONEXION”

Una de las pocas estrategias opuestas a la política de “apertura” se encuentra en la propuesta del “desarrollo autocentrado” (Amir, Samin; Senghaas, Dieter; Quijano, Anibal; Schuldt, Jürgen).

La propuesta parte de las pocas posibilidades que ofrece el mercado mundial para las economías latinoamericanas y rechaza el desarrollo “hacia afuera”, como el causante principal de las estructuras socioeconómicas distorsionadas.

En el planteamiento del desarrollo autocentrado “ya no sería la demanda externa el eje de las conjeturas y esperanzas sino que la interna ocuparía el rol primordial, desplazando a aquella a un lugar secundario”. (Las citas corresponden al estudio de Jürgen Schuldt, 1991).

“El desarrollo autocentrado es un proceso geográfica y políticamente descentralizado de acumulación, partiendo de decisiones participativas a escala local-regional al interior de un país.... Un esquema de este tipo ... llevaría a implantar paulatinamente un patrón de acumulación asentado básicamente en la producción de aquellos bienes de producción (departamento I) que nutren la producción de bienes y servicios para la reproducción de la fuerza de trabajo.... Se trata ... de un enfoque que repetiría ... el que se diera históricamente en todas las economías que han logrado sobreponerse al descentramiento del que fueron víctimas por la dinámica del mercado internacional”.

Apunta a una “heterogénea unidad” que logre “armonizar los patrones de producción -equilibrados sectorial y regionalmente- con los variados perfiles de la demanda de masas ... “ y recoge

la idea de Federico List “que los países requieren desconectarse selectivamente del comercio exterior, mientras no hayan desarrollado plenamente sus fuerzas productivas ..., para poder desarrollar independientemente su industria manufacturera”.

El desarrollo de la manufactura es el eje de la estrategia para lograr una “asociación de las fuerzas productivas”, asociación que solo sería posible mediante un sistema de protección que permitiera la expansión del empleo y del mercado interno.

El “objetivo central ..., la creación de una ‘capacidad social local-regional-nacional de crecimiento’” requiere del desarrollo interno de la “capacidad autónoma de transformación” en base de “preferencias genuinas” y la “creación de un medio ambiente de aprendizaje” que libre las fuerzas creativas propias.

Las condiciones sociales para lograr el “objetivo central” se resumen así:

- “es indispensable la configuración de una homogeneidad social y distribución equitativa del ingreso ..., y una distribución igualitaria de tierras”;

- “es esencial que en el país se logre establecer una política que permita asegurar la transición de una economía exportadora a una nacional a fin de materializar una estructura social homogénea. Es indispensable que estos países sean autónomos y soberanos en sus relaciones exteriores”;

- y finalmente se requiere una transparencia social, “resultado de una estructura social homogénea”, para acercarse a la descentralización de las decisiones económicas.

Analicemos más de cerca la propuesta que se articula como una de las pocas alternativas que están circulando en el mercado de las ciencias sociales que se inscribe ciertamente, en la tradición de la utopía de la autonomía latinoamericana.

1. La desconexión propuesta por List se ubica en una situación histórica muy diferente a la situación actual.

En el siglo pasado la interdependencia de las economías locales y nacionales fue rudimentaria y el desarrollo de la manufactura se fundamentó en talleres artesanales independientes. Los insumos importados eran pequeños y el saber tecnológico estaba ligado a los procesos conocidos de trabajo.

En cambio, a fines del siglo XX, la dependencia de las manufacturas latinoamericanas de insumos importados es casi total. No se puede ni prender la luz eléctrica sin depender de un sinnúmero de piezas importadas.

El sistema de comunicaciones depende cada día más del avance tecnológico en los países industrializados, la electrónica es indispensable en los procesos más sencillos de administración, el transporte se basa en un parque automotriz de tecnología extranjera y prácticamente todas las máquinas-herramientas son importadas. Una “desconexión selectiva” en estos sectores de la economía no prepararía la economía para una “asociación de las fuerzas productivas”, sino que interrumpiría los circuitos reproductivos de tal manera que imposibilitaría un modelo que favorece la estrategia del desarrollo mediante la industria manufacturera como eje de crecimiento. La “desconexión selectiva” en un ambiente industrial cada vez más integrado, implica la renuncia a la estrategia del desarrollo industrial, lo que desembocará en una estrategia concentrada en la agricultura y

las artesanías. Mientras permanece la dependencia de los bienes industriales importados, también permanece la dependencia de las exportaciones para poder pagar las importaciones indispensables, obstaculizando así el camino de una “industrialización autónoma”. Una cantidad considerable de los recursos económicos será comprometida en la compra de insumos industriales cada vez más sofisticados, restando las posibilidades de inversiones en las ramas potencialmente autónomas, como la agricultura y los procesos manufactureros simples.

Además, la competencia internacional en los sectores de tecnologías intermedias y que dominan la industria latinoamericana, ha alcanzado una intensidad que hace difícil para el capital latinoamericano, reducir la ventaja que lleva el capital de la cuenca pacífica. Para producir los mismos bienes de consumo de masa, destinados a satisfacer las necesidades socialmente enraizadas, el capital latinoamericano necesitaría un escudo fuerte de protección, provocando precios más altos, que afectarían los estratos bajos de la sociedad. El proteccionismo indiscriminado de estas industrias implicaría la pérdida de recursos, sin la garantía de un aumento significativo de la productividad en el futuro, como muestra la experiencia histórica del proteccionismo latinoamericano.

Es muy dudable si las masas empobrecidas se beneficiarían con la protección de industrias atrasadas en el contexto de la competencia internacional, o si más bien sería más beneficioso exponer el capital nacional a la competencia para obligarlo a introducir procesos tecnológicos innovativos.

2. No se trata solamente de la interdependencia industrial en la cual América Latina está inmersa, sino de la dependencia del saber tecnológico internacional.

Los sistemas de comunicación latinoamericanos forman parte de la red internacional y los códigos del conocimiento científico-técnico, pertenecen a las estructuras del saber universal, tal como se han establecido a partir de la revolución industrial. No existe un saber tecnológico-industrial genuino y, cada día más, se pronuncia el control del saber mediante las figuras legales de patentes. Nos guste o no, en el momento actual, la mayoría de la población urbana latinoamericana se esfuerza en asimilar este saber para tener mayores posibilidades en la participación de la modernidad. La pérdida del saber autóctono andino es palpable y su influencia en el mundo urbano se ha reducido drásticamente. Los procesos técnicos dominantes dependen del saber occidental y los aportes tecnológicos latinoamericanos, más bien son contados.

La crítica del modelo instrumentalista de la razón occidental que comienza a articularse en los últimos años tampoco deviene de América Latina, sino que nace desde el interior de este pensamiento como su otra cara subyacente. Y no es gratuito que esta postura crítica tiene poca influencia en América Latina, pues la gran mayoría de los intelectuales sigue siendo fiel a la razón occidental del progreso. De ahí la dificultad de pensar “alternativas” del modelo de desarrollo industrial-cuantitativo, que lleguen más allá de la crítica fenomenológica.

3. En las sociedades urbanas no existe un sistema de “preferencias genuinas”. Al contrario, cada día más se pronuncian los modelos de consumo occidental; sin una dictadura ascética, no se vislumbra el cómo cambiar los automóviles por bicicletas, las hamburguesas por tamales y los edificios de hormigón por casas de adobe. Si la oferta sobre todo de bienes de producción está integrada a los circuitos tecnológicos internacionales, la demanda urbana no depende menos de la producción seductora

de la imagen de la mercancía. En una situación de carencia y de producción incesante de deseos no satisfechos mediante la publicidad, la atracción del consumo occidental parece imparable. La experiencia de la apertura de Europa oriental muestra que la resaca va hacia el consumo masivo de bienes occidentales, contra toda razón social y bajo el peligro del suicidio económico. No hay razones que hagan creer que en América Latina la situación sería significativamente diferente; parece que se trata de un fenómeno universal del perfil de demanda tercermundista urbano.

4. La propuesta del autocentramiento está conciente de que las posibilidades del desarrollo autónomo dependen de cambios sociales profundos, capaces de alterar las condiciones actuales del desarrollo económico.

Así, como precondition social del desarrollo autocentrado se nombra nada menos que la distribución más igualitaria de ingresos de tierras. Es evidente que estos "prerequisitos" cuestionan los fundamentos de la sociedad latinoamericana y, sin una verdadera revolución política, no se logrará tal meta. Por más de un siglo han corrido ríos de sangre para cambiar la estructura agraria del continente y hasta ahora, no se ha logrado ni una distribución justa de la tierra, ni una política agraria orientada a abastecer el mercado interno.

5. La utopía del autocentramiento parte del supuesto de que el ingreso relativamente igualitario y la estructura social homogénea eran las condiciones sociales del desarrollo europeo. Pero en el siglo XIX, Europa estuvo lejos de tener una estructura social homogénea, pues las diferencias entre Prusia, la cuenca del Ruhr y las montañas centrales de Alemania, entre Milano y Sicilia, entre Andalucía y Cataluña, o entre París y el sur de

Francia no eran menos grandes que la ruptura entre Sao Paulo y el noreste de Brasil. Y no son diferencias que desaparecieron en el siglo XX: a pesar de todo progreso, las diferencias socio-económicas regionales subsisten hasta hoy día y en la CE causan gastos astronómicos de subsidios para amainar las tensiones sociales regionalistas.

Tampoco los ingresos igualitarios eran condición del crecimiento económico. Al contrario, los salarios bajos y la explotación excesiva, abrieron las puertas de la acumulación originaria. La miseria masificada acompañó el auge del capitalismo inglés y no hubo ningún desarrollo equilibrado, ni una “unidad homogénea”, ni ingresos más justos que alimentaran el crecimiento económico. Lo que es cierto es que la expulsión de campesinos y artesanos de sus relaciones tradicionales de reproducción, crearon por primera vez una demanda urbana de masa que fomentó la producción masificada de bienes de consumo.

Fue la creación masiva y violenta del proletariado urbano y la dinámica del sector I de la economía, los que impulsaron el despliegue de las fuerzas productivas. Y fue la generación del mercado mundial lo que amplió el radio operativo de las nacientes industrias, situación muy diferente a la época contemporánea, caracterizada por una competencia internacional que ha elevado la barrera de ingreso al mercado, a un nivel inalcanzable para las economías subdesarrolladas.

6. Ligado a la idealización ambigua de la vía europea de desarrollo, está la problemática de la heterogeneidad social latinoamericana y posiblemente en ella se esconde el nudo crucial, no resuelto, de la utopía autocentrada. Como la vía europea es vista de manera ambigua, la heterogeneidad social se concibe de modo difuso: por un lado, la propuesta del autocentramiento

parte de la heterogeneidad y encuentra en ella el potencial creativo que pretende activar y, por otro, ve en la heterogeneidad y el “descentramiento” (como la ciencia social ortodoxa en su conjunto) el obstáculo principal del desarrollo. Apunta a una “heterogénea unidad” (?) y en las precondiciones del modelo autocentrado se revela el ideal humanista europeo: distribución igualitaria de ingresos, homogeneidad social (a la larga) competencia libre, transparencia, educación nivelada y relaciones exteriores soberanas; en la idea de “la heterogénea unidad del autocentramiento” subyace la nostalgia de la “comunidad libre”.

Es esta duplicidad, entre la razón iluminista que busca el “equilibrio” y la afirmación de la heterogeneidad, la que vela el razonamiento del autocentramiento. Se confunde en la relación entre el aparato de la razón económica instrumental y la búsqueda de la diversidad propia. El deseo de la identidad dice: selectividad. Pero en la “desconexión selectiva” está escondida toda la problemática de “la alternativa”.

¿Existen espacios potencialmente autónomos en una economía internacional interconectada y dominada por códigos tecnológicos y patrones de consumo occidentales, capaces de generar una alternativa autónoma global?. Espacios autónomos, aún subsisten en los nichos del mundo comunitario andino, pero parece aventurado el proyectar estos nichos hacia una alternativa de la economía nacional.

Las condiciones sociales requeridas para apuntar a ésta alternativa no corresponden ni a las fuerzas políticas latinoamericanas ni al ambiente político internacional. De hecho exigen una lucha política tenaz que, por el momento, no tiene el mínimo sustento en las relaciones de fuerzas políticas reales.

En teoría, el pensamiento económico siempre ha inventado modelos puros de equilibrio, que bajo “ciertas condiciones” ceteris paribus, funcionan. Pero nunca han coincidido con los procesos reales del prosaico mundo económico.

VIII. LA ESPECIALIZACION FLEXIBLE Y LA SOCIEDAD MULTICULTURAL

Hemos tratado de demostrar que ni la apertura indiscriminada de la política neoliberal ni la estrategia del autocentramiento abren perspectivas viables de desarrollo en América Latina.

Sin embargo, a partir de la revolución electrónica se perfilan en el contexto de las estructuras de la producción de masa, rasgos nuevos de desarrollo que, -aun cuando no articulan modelos alternativos globales-, indican un horizonte diversificado de estrategias políticas que se inscriben en los procesos de descentralización, de la especialización flexible y de la reestructuración ecológica de la sociedad industrial.

No omitimos que la propuesta sufre de la misma debilidad que la estrategia del autocentramiento: no tienen ningún respaldo significativo en el juego de fuerzas políticas actuales, ni un potencial económico con que contar. Claro está que el poder en América Latina ha optado por la apertura indiscriminada y así -talvez involuntariamente- por la división de la sociedad en un polo desarrollado y la fijación del “resto” en la miseria, reproduciendo la polarización internacional en su propio escenario.

Sin embargo, nos parece importante pensar escenarios alternativos, escenarios que no serán reales mientras no cambien las relaciones actuales de poder. No se trata de formular una utopía,

En teoría, el pensamiento económico siempre ha inventado modelos puros de equilibrio, que bajo “ciertas condiciones” ceteris paribus, funcionan. Pero nunca han coincidido con los procesos reales del prosaico mundo económico.

VIII. LA ESPECIALIZACION FLEXIBLE Y LA SOCIEDAD MULTICULTURAL

Hemos tratado de demostrar que ni la apertura indiscriminada de la política neoliberal ni la estrategia del autocentramiento abren perspectivas viables de desarrollo en América Latina.

Sin embargo, a partir de la revolución electrónica se perfilan en el contexto de las estructuras de la producción de masa, rasgos nuevos de desarrollo que, -aun cuando no articulan modelos alternativos globales-, indican un horizonte diversificado de estrategias políticas que se inscriben en los procesos de descentralización, de la especialización flexible y de la reestructuración ecológica de la sociedad industrial.

No omitimos que la propuesta sufre de la misma debilidad que la estrategia del autocentramiento: no tienen ningún respaldo significativo en el juego de fuerzas políticas actuales, ni un potencial económico con que contar. Claro está que el poder en América Latina ha optado por la apertura indiscriminada y así -talvez involuntariamente- por la división de la sociedad en un polo desarrollado y la fijación del “resto” en la miseria, reproduciendo la polarización internacional en su propio escenario.

Sin embargo, nos parece importante pensar escenarios alternativos, escenarios que no serán reales mientras no cambien las relaciones actuales de poder. No se trata de formular una utopía,

sino de detectar en los procesos concretos de la reproducción internacional, vestigios posibles de reestructuración ecológica de la sociedad industrial enfocada a superar la brecha de desarrollo entre el norte y el sur, pues es previsible que estos vestigios puedan ser vitales en un futuro cercano.

1. En vez de competir entre los países del tercer mundo en una batalla desesperada por la conquista de mercados de masa con posibilidades bastante reducidas para la mayoría de las economías latinoamericanas, se abren varias perspectivas de especialización flexible:

- En la línea de una política de apertura selectiva el Estado reduce los subsidios y aranceles para exponer gradualmente, la industria clásica de producción de masa a la competencia internacional. Las industrias capaces de innovación organizativa, se abren a los procesos de descentramiento interno, creando equipos de trabajo con crecientes responsabilidades propias y delegando partes de la producción a proveedores locales pequeños y, si no los hay todavía, apoya su creación mediante créditos y asistencia técnica, tal como algunas empresas europeas lo han demostrado (Volvo, Mercedes, Olivetti, por ejemplo).

- En las ramas en las cuales el capital es externo es más eficiente a largo plazo, aun implementando gradualmente una política de apertura, queda la posibilidad del fomento del capital mixto, de las industrias de maquila o la inversión extranjera directa bajo las condiciones de la jurisdicción laboral nacional y la valorización económica del medio ambiente.

La aun dominante fobia ideológica contra el capital externo impide la negociación prosaica con él. Una política estatal de industrialización flexible e inscrita en la estrategia de la re-

estructuración ecológica de los procesos productivos, evalúa las ofertas de inversión bajo criterios de ventajas comparativas para la economía nacional: los aportes para el nivel de empleo, la innovación tecnológica, la creación de una red secundaria de proveedores, el uso eficiente de recursos nacionales y el mantenimiento del medio ambiente. La evaluación se efectúa bajo criterios internacionales de eficiencia, superando así la argolla de intereses entre la oligarquía y el Estado.

A pesar del discurso nacionalista, el capital latinoamericano nunca se ha preocupado ni del “desarrollo nacional” ni del bienestar social. Tampoco lo haría el capital internacional, pero en los sectores donde promete una mayor eficiencia económica bajo reglas negociadas, su presencia puede ser más ventajosa que la protección de una industria nacional caduca. Hay que asumir el hecho de que los sectores más avanzados de la industria tienen un carácter internacional, pues el capital no tiene ni bandera ni vocación nacional, y el único referente bajo el cual se rige es la rentabilidad.

La presencia regulada de capitales foráneos puede provocar estructuras flexibles de producción e impulsar una red de proveedores locales que incorporan sistemas electrónicos de administración y producción. El Estado fomenta activamente la creación de redes de pequeños talleres industriales mediante la política de crédito y facilitando la importación de bienes de capital.

Una política de este tipo exige el despido de los sueños industriales tradicionales del fordismo y renuncia al despilfarro de recursos, en sectores donde la economía latinoamericana no puede alcanzar el nivel competitivo internacional. De esta manera, se liberarán recursos que se pueden utilizar en otros sec-

tores con posibilidades propias de desarrollo. En los países pequeños como el Ecuador, los países centroamericanos, Perú o Bolivia, la creación de estructuras de especialización flexible abriría capacidades de producción asociada que, dejando la producción de masa, tendrán posibilidades competitivas en los mercados regionales integrados. El límite de la estrategia de especialización flexible está marcado por la necesidad de articularla al sector internacional de la economía: ¿en qué medida una red flexible de pequeñas y medianas industrias logrará niveles de productividad para conectarse con la industria de punta de “las islas de desarrollo”? Y a la inversa: ¿el capital internacional será suficientemente abierto para adaptarse a las posibilidades productivas que brinde la especialización flexible?. El caso de Italia demuestra que el “boom” de los años 80 peligra quebrarse frente a la tozudez de la vieja casta industrial cerrada. Frente a este doble reto, una política industrial ágil, sin trabas burocráticas será necesaria, pues es una ilusión en contra de toda experiencia histórica, el creer que la política del mercado total generará una estructura industrial flexible, capaz de adaptarse a la dinámica de descentramiento y los requerimientos de la reestructuración ecológica del aparato productivo.

La propaganda de los neoliberales y las presiones del FMI y del Banco Mundial no tienen el peso que se les atribuye, pues tanto la política proteccionista e intervencionista de los países industrializados como el auge de los “tigres asiáticos”, evidencian el liberalismo selectivo con el cual las políticas económicas enfocan la intervención del Estado.

Es descarado que los europeos propongan como solución de los problemas agrícolas en América Latina los mecanismos del libre mercado, cuando el mercado agrícola de la comunidad eu-

ropea es una de las instancias más controladas y menos libres del mundo.

¿Y el mundo asiático?

Japón no es un ejemplo para la victoria del mercado, sino la combinación entre el proteccionismo estatal, la agresividad innovadora de las empresas, la feroz disciplina del trabajo y la subsistencia de las tradiciones culturales. Ni el mercado libre, ni la democracia han sido los vehículos principales de su éxito económico; fue más bien la combinación de represión, salarios bajos, jornadas largas y el control del mercado los responsables del boom japonés.

Por otro lado, el despegue de Taiwan y Corea no es un ejemplo de la aplicación de la política neoliberal; al contrario, la aceleración económica fue resultado del control del mercado de trabajo, la inyección de grandes cantidades de dólares que se canalizaron a través del Estado a los sectores productivos, una política estatal de industrialización, una reforma agraria eficiente, la fuerte intervención del Japón, y finalmente, una articulación autoritaria entre la cultura tradicional y la modernidad.

Por último, tampoco el “milagro alemán” de la postguerra se basó en el funcionamiento perfecto de los mercados: fueron la intervención del Estado, la inyección de grandes cantidades financieras a través del plan Marshall y una “economía social de mercado” los factores que iniciaron la recuperación económica.

No fueron los mercados libres en sí los que han producido el éxito económico de Occidente, sino la dinámica competitiva de la acumulación de capital, la decisión libre sobre el uso de las ganancias y las garantías e intervenciones estatales. Ha sido la

trinidad de la espina de la competencia capitalista restringida, la intervención del Estado y la diversificación de rentas, las que han empujado la innovación tecnológica y el crecimiento de la producción de masa. El mercado libre solo jugó un papel subordinado en el boom de los últimos 40 años.

La introducción del mercado libre sin la existencia de las condiciones societales de la acumulación de capital puede ser contraproducente como se puede observar en los países del ex-bloque socialista.

Ahora, al fin de la época del fordismo, la estrategia de la especialización flexible describe una figura teórica factible y el cambio de la "tercera Italia" (C. Sabel, 1991), ha mostrado que en base de estructuras familiares y el mosaico productivo de pequeños talleres, se perfila una posibilidad nueva de desarrollo para regiones económicamente deprimidas. Sin embargo, una estrategia de este tipo no podrá funcionar sin políticas estatales orientadas a apoyar mediante créditos, medidas tributarias y preferencias en la prestación de servicios a esta frágil estructura de pequeñas empresas.

Uno de los problemas más agudos de América Latina radica en la falta de capital; ni la cancelación de la deuda resolverá la poca propensión de inversión productiva en la región. Si el capital externo no tiene intereses significativos de inversión -y así parece por el momento- quedará solo el capital regional fugando al exterior para cerrar la brecha de financiamiento de proyectos productivos. Es dudoso si este capital regresará a la región, mientras la suma de intereses y las ganancias cambiarías sobrepasen las posibilidades de ganancia productiva a largo plazo. Sin embargo, últimamente hay indicios que el capital fugado regresa a países como Chile, Argentina y México. A

pesar de estas tendencias, por cierto todavía frágiles, hay indicios que las inversiones se concentrarán en operaciones especulativas, los servicios, sectores tradicionales y la maquila. Más allá de cierta desburocratización del Estado, la privatización de empresas públicas y la ofensiva exportadora de sectores tradicionales no se están dando cambios que apuntan a una especialización flexible bajo criterios del manejo ecológico de los recursos. Sin un cambio estructural hacia la descentralización del Estado y de la sociedad y sin la activación del potencial creativo del capital humano, en América Latina la industrialización flexible ha de quedar en los anales teóricos como tantas otras propuestas de “desarrollo alternativo”.

2. Bajo las condiciones de polarización del mercado mundial, la política de transferencia de recursos del sector agrícola hacia el sector industrial-urbano significa un verdadero absurdo económico. Sobre todo los países latinoamericanos pequeños y medianos deberían concentrar sus esfuerzos productivos en el mejoramiento cualitativo del sector agropecuario como el pilar fundamental de su desarrollo, primero para lograr el autoabastecimiento del mercado interno de los productos de primera necesidad; segundo, articular una pequeña industria flexible de producción de insumos industriales simples y tercero, fomentar con créditos y asistencia técnica la industria de transformación de productos agrícolas, con miras a competir en el mercado mundial.

Para acercarse a estas metas:

- La agricultura necesita precios que no solo cubran los costos de producción, sino que alienten la inversión. En el marco de la integración andina la regulación de los precios agrícolas tienen que desaparecer en favor de los mecanismos del mercado para

aumentar la producción agropecuaria y posibilitar su diversificación.

- Los créditos subsidiados tienen que orientarse a las unidades de producción que prometen una rentabilidad a largo plazo bajo las reglas de la diversificación agropecuaria. La revolución verde llegó a sus límites, y ahora hace falta una visión biogenética de la multiplicidad de cultivos. En la práctica económica, esto implica una democratización crediticia que apoye al pequeño agricultor a unirse en unidades rentables de producción, conduciendo a una revisión de la distribución de tierras bajo criterios de productividad en vez de la superficie de la tierra. Así, tanto la propiedad grande como el minifundio tendrán que desaparecer paulatinamente en favor de unidades rentables.

- El mal uso de la tierra, asociado con su distribución concentradora ha conducido a que se instalen monocultivos en suelos que por su calidad peculiar solo sirven para policultivos; esto es el caso tanto de los páramos como el de las zonas tropicales selváticas. En las zonas templadas que sirven para cultivos diversificados de alimentos básicos se ha difundido una política de conversión de tierras agrícolas en pastizales que amenaza seriamente el abastecimiento alimenticio de la población.

La política agraria tiene que dar un giro de timón hacia la diversificación productiva, pues no tiene sentido gastar recursos societales limitados, fomentando las exportaciones de alimentos, mientras las necesidades básicas de la mayoría de la población no están satisfechas, a la vez deteriorando los suelos de una forma indiscriminada.

Las plantaciones tropicales y los monocultivos serranos, no necesitan el apoyo del Estado: son empresas que caben en el

marco de la libertad empresarial, y ahí tienen que defenderse. En el contexto de una reforma agraria bajo criterios de productividad y de la diversidad de cultivos, la sociedad tendrá que imponer a las empresas agropecuarias de exportación el gasto del medio ambiente que pesa sobre la sociedad en su conjunto. Ahora, articular en un momento de frenesí exportador una política de diversificación de la producción agropecuaria parece utópico, aun cuando todavía será más fácil que apuntar a una reforma agraria que pretende una redistribución de tierras.

- La práctica crediticia actual y la política agraria en su conjunto desfavorecen de manera dramática a las comunidades indígenas, dejando no solo una cultura al margen, sino también un potencial productivo considerable.

El apoyo masivo de las comunidades indígenas para mejorar sus condiciones de producción implica la reactivación de los sistemas tradicionales del saber agropecuario en los Andes.

No se trata de glorificar el ideal andino, más bien es evidente que la introducción de tecnologías nuevas, la inmersión en el mercado, el deterioro de los suelos y la inmigración han cambiado los métodos agropecuarios tradicionales (Bebbington, Anthony, Chiriboga, Manuel).

Sin embargo es notable la extensión de las comunidades (G. Ramón) tanto en el espacio como en número, como también la subsistencia de elementos básicos de la reproducción andina: los principios de complementariedad y reciprocidad y ciertas técnicas de cultivo diversificado no han desaparecido, pues el vigor de mingas, aun en sectores urbanos, muestra un potencial productivo que difícilmente se encontrará en otros ambientes de la sociedad.

Aun cuando están cambiando rápidamente las condiciones de vida en las comunidades indígenas, también es evidente la sobrevivencia del sentido cultural de la reproducción andina bajo formas nuevas, marcadas por la modernidad. Es esa capacidad productiva andina de microestructuras y principios biocibernéticos de cultivos que la política tendrá que potenciar, recuperando los andenes, sistemas de riego y técnicas de recuperación de suelos (J. Earls, 1989). Y como el Estado central no dispone de capacidades efectivas para operacionalizar proyectos de fomento de la comunidad andina, la creación de estructuras locales de poder y control en una estrategia de descentralización será clave. El punto referencial de esta estrategia no será la conservación "del" indio o la preservación de una identidad andina construida en los escritorios, sino la factibilidad de prácticas de sobrevivencia en un mundo indígena expuesto a crecientes presiones de mestizaje cultural. Las reivindicaciones indígenas reclaman una mayor participación en la distribución de recursos y servicios en nombre de la preservación de su identidad cultural -(operación contradictoria que refleja la ambigüedad socio-cultural de la mayoría de los pueblos indios). Por un lado, la mayor participación en la economía nacional implica una mayor integración en la sociedad mestiza y el tránsito al ciudadano, mientras por otro el discurso político de la identidad que sostiene las reivindicaciones reafirma "lo propio". Dependerá de la habilidad política de la dirigencia indígena de mediar entre estos dos polos altamente conflictivos para lograr un mejoramiento económico de las comunidades.

América Latina se encuentra en un momento de tensión social extraordinaria: por un lado se ve forzada a acoplarse violentamente a la dinámica del mercado mundial, y por otro persiste una resistencia sórdida y débil que no logra articular alternativas basadas en la idiosincrasia cultural latinoamericana como la

hemos tratado de insinuar. El intento de construir “una salida” en base de una identidad pura, sostenida en un artefacto utópico andino o mesoamericano parece condenado a fracasar: no hay nada puro e idéntico consigo mismo, todo está contaminado. Un discurso que vive en el fantasma de la autarquía y del “selfreliance” se cierra frente al hecho real del mestizaje como reflejo de los movimientos migratorios. La resurrección de la xenofobia europea y del fundamentalismo por otro indica la tremenda dificultad con la cual las sociedades forzosamente relacionadas enfrentan el mestizaje bajo los signos temerosos de la disolución del sujeto. América Latina como ningún otro continente ha vivido a sangre y fuego la diferencia y la heterogeneidad. Hasta ahora, esta lucha fue percibida como el gran obstáculo del desarrollo, pero bajo la presión de la universalización, aquel obstáculo puede revelarse como una virtud cultural que abre un horizonte de diversificación creativa. En el contexto de la abstracción total del mercado mundial, el mestizaje tiene una doble cara: puede terminar en el hombre sin atributos” (Musil), un denominador común de baja intensidad, o en el enriquecimiento a través de la integración creativa de las diferencias mutuamente respetadas. Las fuerzas del desarrollo no nacen solo del contexto económico, sino de la capacidad cultural de convivir con el otro, de aceptar la diferencia. La sociedad multicultural no será la realización del ideal humanista europeo, sino la conflictiva convivencia de diferentes razas y culturas en un mundo cada vez más pequeño.

En occidente, durante siglos, se ha formado un sujeto vertical que interiorizó un significante trascendental: Dios, el padre, el rey, la ética protestante de trabajo y el homo faber; un sentido homogenizador interior del sujeto que se movía entre las estructuras estables y las fuerzas dinámicas de la modernidad. La

cultura siempre giró alrededor de un centro: el sujeto que se proyecta en el mundo.

Es precisamente este centro que está a punto de disolverse en los movimientos polimorfos del “sujeto automático” del capital dinero, provocando el “desencanto”, la disolución “del sentido”, la desubicación del sujeto y -como supuesta solución- el mándala religioso de la utopía holística.

En América Latina este centro del sujeto verticalizado, solo existió en las proyecciones europeizantes de la élite social, constituyendo un discurso de doble piso: las formas ideológicas se referían a un sujeto vertical, solo a sabiendas que en realidad nadie lo tomó en serio. Fue esta mascarada la que posibilitó encontrarse en un denominador común teatral, estableciendo las reglas del juego informal bajo las cuales la ausencia real de un sujeto interiorizado se pudo vivir. Pero este juego complejo de sobreentender las cosas solo funcionó, mientras la velocidad del cambio social se mantuvo reducida o limitada en el espacio.

El reto actual para América Latina radica precisamente en la imposición del principio de la aceleración moderna que tiende a romper el juego ritual entre la centralidad fantasmagórica y la descentralización efectiva que dominaba el escenario social. El carácter insólito del momento está en que por un lado comienza a sentirse con fuerza la centralidad modernizante, mientras al mismo tiempo el límite de la modernidad exige la activación de la descentralidad bajo los signos del juego puro de las metamorfosis del dinero y las reglas del “capitalismo de casino”.

La polarización del mercado mundial y el fracaso de las políticas neoliberales en América Latina, ponen también en tela de juicio el proceso de democratización del continente. Las socie-

dades agobiadas por las medidas de austeridad, el deterioro del salario real, la pronunciación de la concentración del ingreso y la falta de perspectivas económicas carecen de base para la democracia de corte europeo. Haití, Perú y Venezuela son indicadores no solo de la frágil base económica de la democracia, sino de la ausencia de estructuras de participación societal. Se trata de un fenómeno universal que se expresa en una crisis de legitimidad de los élites políticos que ponen en tela de juicio los procedimientos democráticos. En los países industrializados la disolución del sujeto mediante los aparatos anónimos y atravesando la abstracción social se expresa en un sentimiento generalizado de impotencia y de la ausencia de posibilidad de influir en las decisiones políticas, mientras en América Latina la confluencia entre la heterogeneidad social, persistencia de castas impermeables y la pobreza, dejan a la democracia aparecer como una pantalla que encubre la inexistencia de la participación societal.

Los principios de descentralización, de flexibilización y de participación, se presentan como alternativa entre un Leviatán anónimo que gobierna un “laberinto de ratas” y el fundamentalismo religioso, ambas fuerzas dirigidas a eliminar “lo otro”, la diversidad de códigos, constituyente del proceso regenerativo de la vida misma.

En este sentido, la tensión entre la polarización y la apertura adquiere otra dimensión: el cuestionamiento del liberalismo no niega la apertura hacia la diversidad, siendo un principio biológico, se convierte en el contexto social contemporáneo en construcción utópica ... y ahí está su límite.

BIBLIOGRAFIA

Acosta, Alberto / La Deuda Eterna, Quito 1990.

Acosta, Alberto, et al. / Ecuador: El Retorno de la Economía Mundial, Quito, 1991.

Altwater, Elmar / Die Schulden des Giganten, en: Die Armut der Nationen, Berlin, 1987.

Altwater, Elmar / Die Zukunft des Marktes, Münster, 1991.

Altwater, Elmar / Universalismus, Unipolarität, Polarisierung, en: Prokla 84.

Amin, Samir / La Déconnexion, Paris, 1986.

Bebbington, Anthony / Indigenous Agricultural Knowledge Systems, Human Interests and Critical Enquiry, Cambridge, U.K., 1990.

Berthélot, Yves / Perspectivas 1985-90: Inquietudes, en: David y Goliath, Nr. 48, 1985.

Bonilla, Heraclio / Los Andes: El Camino del Retorno, Quito, 1990.

Burgueño, Fausto / Deuda y Crisis Económica Social: Hacia una Nueva Propuesta Alternativa en América Latina, en: Problemas del Desarrollo, Nr. 76.

CEPAL / Transformación Productiva con Equidad. Santiago, 1990.

Calderón, Fernando / Identidad y Tiempos Mixtos, en: David y Goliath, Nr. 52, 1987.

Calderón, Fernando / Imágenes Desconocidas: La Modernidad en la Encrucijada Postmoderna, Buenos Aires, 1988.

Castells, Manuel / Hochtechnologie, Weltmarktentwicklung und strukturelle Transformation, en: PROKLA 71.

Cueva, Augustín / América Latina en la Frontera de los Años 90, Quito, 1989.

Earls, John / Planificación Agrícola Andina: Bases para un Manejo Cibernético de Sistemas de Andenes, Lima 1989.

Ehrke, Michael / Jenseits der Strategien - Lateinamerika als Verlierer der Weltwirtschaft, en: Verlierer der Weltwirtschaft, op. cit.

Essner, Klaus / Lateinamerika, Industrialisierungsstrategien und Entwicklung, Frankfurt, 1979.

FMI / World Economic Outlook, Washington, 1990.

Froebel, F, et. al / The New International Division of Labor, Cambridge, 1980.

Guerrero, Andrés / La Semántica de la Dominación: el Concertaje de Indios, Quito, 1991.

Hinkelammert, Franz / Der Schuldenautomatismus - ein Marshallplan für die Erste Welt, en: Verlierer der Weltwirtschaft, Lateinamerika, Analysen und Berichte, Nr. 13, 1989.

Hurtienne, Thomas / Gibt es für den verschuldeten Kapitalismus einen Weg aus der Krise? en: Die Armut der Nationen, Berlin, 1988.

Junne, Gerd / Landwirtschaftliche Rohstoffe auf dem Weltmarkt, en: Die Armut der Nationen, op. cit.

Ledgard, Reynaldo / Coloquio Internacional: Modernidad en América Latina y en Los Andes. Lima, 1990.

Lefebvre, Louis / Economía Política del Ecuador. Quito, 1985.

Messner, Dirk / Zur Kritik eindimensionaler Entwicklungskonzepte, en: PROKLA Nr. 82, 1991.

Mezger, Dorothea / Mineralische Rohstoffe auf dem Weltmarkt, en: Die Armut der Nationen, op. cit.

Pipitone, Ugo / América Latina, un ejercicio de utopía reformadora, en: Cuadernos Políticos, 57.

Quijano, Anibal / Modernidad, Identidad y Utopía en América Latina, Quito, 1990.

Sabel, Charles / Industrialización en América Latina y Nuevos Modelos Productivos, en: Nariz del Diablo 17, 1991.

Salama, Pierre / La Intervención del Estado y la Legitimación en la Crisis Financiera: El Caso de los Países Latinoamericanos Semi-industrializados, en: Problemas del Desarrollo, 78.

Sánchez, Parga J / Modernidad Impensable de las Sociedades Latinoamericanas, Borrador, Quito, 1990.

Schmidt, Wolfgang / Crisis e Inflación, Quito, 1979.

Schmidt, Wolfgang / América Latina: Entre Sueños de Taiwanización y Espejismos del Mercado Mundial, en: Ecuador Debate, No. 22. 1991.

Schmidt, Wolfgang / El Discurso de la Identidad y la Postura Antimoderna, en Nariz del Diablo, No. 17, 1991.

Schmidt, Wolfgang / Ecología y Economía: ¿Una Relación Imposible? en: Deuda Externa, Desarrollo y Ecología, Quito, 1992.

Schuldt, Jürgen / Desarrollo Autocentrado: Una Utopía desde las Economías Andinas, Ponencia, Ined., 1991.

Schuldt, Jürgen / Nuevos Rumbos para el Desarrollo del Perú y América Latina, Lima, 1991.

Schuldt, Jürgen / Transformación Productiva con Equidad, en: Nariz del Diablo, No. 18.

Senghaas, Dieter / Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik, Frankfurt, 1977.

Touraine, Alain / Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina, Santiago, 1987.

Vaitsos, Constantine V./ The New International Economics of Major Technological Change, Unctad, 1988.

Zollberg, A.R. / Die Zukunft der Internationalen Migrationsbewegungen, en: PROKLA 83.

comentarios

“América Latina entre la polarización del mercado mundial y la apertura”, del autor Wolfgang Schmidt es indudablemente un importante trabajo, ya que aborda desde una perspectiva crítica múltiples problemáticas de la articulación de las economías latinoamericanas con la economía mundial, de las nuevas modalidades de funcionamiento de esta última, así como de algunos aspectos políticos y culturales que caracterizan a nuestras sociedades.

Sin embargo, la diversidad de los temas que revisa Schmidt determina precisamente su debilidad, ya que solo puede abordarlos rápidamente, su pena de ampliar excesivamente el análisis.

En estas notas esbozaré algunas puntualizaciones breves sobre el trabajo de Schmidt, principalmente desde la perspectiva de la economía mundial. Antes de mencionar algunas limitaciones del tratamiento que da el autor a este problema, partiré señalando los que considero como sus aportes fundamentales.

Si uno quisiera destacar el rasgo más importante del trabajo de Schmidt señalaría la forma descarnada en la que demuestra como la implacable lógica del mercado mundial, y la inexorable tendencia homogenizadora del modelo de consumismo occidental que se expande por el mundo (si bien en los países periféricos dicho modelo se concentra exclusivamente en el reducido núcleo de “sectores internacionalizados” que pueden pagarlo), marcan decisivamente y tienden a disolver las economías nacionales.

Precisamente por ello, la interrogante fundamental que se plantea Schmidt es la de si la integración al mercado mundial significa

ineluctablemente la disolución de las identidades nacionales peculiares, o si, por el contrario, tales identidades se enriquecen mediante el contacto fluido entre ellas. Su respuesta es predominantemente pesimista.

La lectura del trabajo analizado tiene gran relevancia en la presente coyuntura del Ecuador, cuando comienzan a definirse brutalmente las bases fundamentales del “nuevo modelo” de política económica que se aplicará en el país.

Su importancia radica en que permite apreciar la forma en que las tendencias predominantes en el redespliegue de los capitales a escala mundial, luego de que el período neoliberal estableciera en los países industrializados las condiciones básicas, llevan a la introducción de la flexibilidad electrónica en los procesos productivos, a la expansión de las actividades de servicios y al predominio del capital ficticio (financiero), como mecanismos para intentar superar la crisis.

Surgen, en consecuencia, nuevos segmentos industriales de punta (“upstream”), ejes del dinamismo productivo y de la innovación tecnológica, básicos para el desarrollo industrial de un país, concentrados en las economías industrializadas.

Frente a esas tendencias, los procesos de apertura indiscriminada y de liberalización total en los países periféricos, pero particularmente en América Latina, que involucran sobre todo a las ramas industriales de segundo orden (“downstream”: como la automotriz, química, mecánica, etc.), son funcionales para los requerimientos de oportunidades de inversión y demanda que tienen tales industrias en el Centro. Por lo tanto, tales políticas mantienen y ahondan la brecha tecnológica entre el Norte y el Sur; agudizan la polarización en la economía mundial al provo-

car la “reprimarización” de las economías periféricas, especializadas en las exportaciones agrícolas y mineras, única manera de adquirir las importaciones liberadas; consolidando así la tradicional división del trabajo.

Son claras las derivaciones del proceso antes descrito sobre los ingresos de divisas en los países periféricos, tanto por las conocidas tendencias declinantes del consumo y de los precios de los productos primarios, como por la concentración de numerosos países en idéntico esfuerzo primario exportador, provocando una ruinosa competencia, que profundiza aún más el deterioro de sus términos del intercambio; peor aún si las exportaciones agrícolas de los países subdesarrollados enfrentan el proteccionismo de los industrializados.

Por otro lado, Schmidt establece que solo los países latinoamericanos con mercados internos de gran tamaño como México y Brasil podrían tener alguna posibilidad en esta perspectiva aperturista, si bien al costo de una dependencia acrecentada, profundos desequilibrios y un alto nivel de concentración de los ingresos y de la propiedad, puesto que los beneficios de la mayor producción e ingreso se localizan exclusivamente en el tercio superior de la población con mayores ingresos, fenómeno que se observa por lo demás en todas las economías latinoamericanas.

Otro aspecto interesante que plantea el autor es la distinción que se plantea entre el liberalismo indiscriminado o apertura pasiva que se nos vende en América Latina, y el “liberalismo selectivo” que practican los principales países industrializados y los “tigres asiáticos”. Este último consiste en proteger y estimular a los sectores estratégicos nacionales, mientras se promueve la apertura de otros.

Estas constataciones deberían motivar la reflexión de los fundamentalistas criollos del liberalismo indiscriminado, tanto respecto de la viabilidad y las implicaciones reales de sus propuestas aperturistas, como sobre su impacto en la estructura productiva local.

En el mismo sentido se sitúa la constatación de Schmidt de que tras la retórica del “mercado libre”, en los países industrializados y en los países asiáticos de industrialización reciente, ha vuelto a fortalecerse el intervencionismo estatal, reorientado hacia el fomento de la innovación tecnológica y la renovación de la infraestructura; mientras tanto, en América Latina se generaliza el desmantelamiento de la presencia del Estado en la economía.

Es evidente que la intervención estatal alcanzó niveles absolutamente excesivos y de una enorme ineficiencia, durante la aplicación del modelo de sustitución de importaciones. El principal beneficiario del amparo estatal fue precisamente el sector empresarial. Sin embargo, la crítica del estatismo no implica que el Estado pueda abandonar aquellas funciones que le son inherentes o las que se derivan de las exigencias del nuevo contexto competitivo internacional y de las características de la reestructuración productiva en curso en la economía mundial.

OBSERVACIONES CRITICAS

El trabajo de Schmidt presenta sin embargo, algunas debilidades o limitado desarrollo de ciertos aspectos, en particular en el análisis del funcionamiento de la economía mundial; factores que pueden generar una visión sesgada e imprecisa de su dinámica, así como de sus determinaciones sobre las economías subdesarrolladas.

En primer lugar, Schmidt escoge como blanco de sus ataques un “molino” ya superado, lo que le concede una victoria fácil y segura. Es lo que sucede, cuando el autor revive el viejo debate de las décadas de los sesentas y setentas, respecto del predominio de lo interno o de lo externo (endógeno o exógeno), como elemento explicativo fundamental de la dinámica de las economías latinoamericanas, aplicado en este caso particular al tratamiento del problema de la deuda externa.

Ese debate ya fue rebasado cuando numerosos autores cuestionaron en primer lugar, los referentes de dicha internalidad o externalidad, proponiendo adicionalmente un enfoque predominantemente ecléctico, que combinaba estas dos fuerzas que se interactúan en forma permanente, principalizando en cada etapa histórica a uno de tales factores, o mejor aún a una combinación específica de los mismos.

En lo que respecta a la deuda externa, hoy en día ningún analista calificado la considera como el único y determinante factor que explica el subdesarrollo y la pobreza de nuestros países; es claro que la expansión desmesurada del endeudamiento externo se produce por la articulación simultánea de un capital financiero “excedente”, sin oportunidades rentables de valorización en el centro, y una demanda estructural de recursos externos en los países periféricos, máxime si en América Latina, la forma particular de aplicación del modelo de sustitución de importaciones y las características de su sector empresarial, unida a una corrupción generalizada, exacerban ese apetito por los préstamos externos.

En todo caso, nadie considera que la solución del problema de la deuda externa de nuestros países sea condición suficiente, aun cuando si necesaria, para enfrentar el reto del desarrollo.

Sin embargo, un aspecto mucho más relevante es que la lectura del trabajo de W. Schmidt parecería mostrar que el sistema capitalista de mercado avanza inexorablemente, hacia un éxito universal e indiscutido, al menos en las economías industrializadas; con una trayectoria lineal y exenta de contradicciones. Si bien el autor “vislumbra más bien la resurrección de los conflictos clásicos entre las potencias industriales antes encubiertos por las tensiones entre el este y el oeste”, esto no da cuenta del alto grado de agudización de los conflictos, especialmente comerciales y financieros, que se ha producido entre los principales países industrializados.

Efectivamente, el fin de la guerra fría ha permitido apreciar en toda su crudeza las diferentes situaciones que atraviesan dichos países, constituyéndose el desempleo en el problema central de tales sociedades. Más aún, la magnitud de la pérdida de dinamismo de las economías industrializadas, inclusive la japonesa, que no pudo ser superada ni con el estímulo que significó la Guerra del Golfo, es superior a la recesión de comienzos de la década de los ochentas y comparable con la crisis de la primera mitad de los setenta.

Las perspectivas de crecimiento de la economía mundial para lo que resta del siglo son poco alentadoras, y aún el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, tradicionalmente muy optimistas en sus pronósticos, prevén un crecimiento sumamente lento hasta más allá del año 2000.

La omisión por parte de Schmidt de las perspectivas de mediano plazo y sobre todo su no consideración del problema del desempleo en el mundo industrializado (cuyas raíces se sitúan en el campo del desarrollo tecnológico y de las modalidades actuales del crecimiento sectorial en tales economías, así como

en las estrategias de operación de las empresas transnacionales), le privan de importantes elementos explicativos para destacar la relevancia del enfrentamiento, fundamentalmente comercial, en que se encuentran enfrascadas las principales potencias económicas.

De hecho la importancia crucial del problema del paro en las economías centrales constituye un factor explicativo del vigor de las corrientes ultranacionalistas y del resurgimiento de grupos neofacistas en Europa, además de la vigorización de otras tendencias fundamentalistas.

El virtual fracaso de la octava ronda de negociaciones comerciales en el seno del GATT, entrabada básicamente por la inflexibilidad europea y norteamericana en el conflicto comercial agrícola o guerra de subsidios que los enfrenta, debido a la importancia de los intereses en juego, en particular en términos de los empleos susceptibles de perderse, muestra con crudeza la impotencia de la estructura institucional multilateral establecida luego de la Segunda Guerra Mundial, para impulsar el libre comercio en el mundo.

Es claro entonces que, contrariamente a lo que afirma Schmidt, el marco institucional internacional está lejos de controlar los procesos de competencia internacional derivados de la revolución tecnológica, sobre todo en lo que se refiere a las economías industrializadas.

Las instituciones surgidas en la postguerra son muy eficientes para controlar los procesos en los que se definen las políticas económicas en los países periféricos, debido a la presión financiera que sufren; pero cumplen un papel meramente informativo sino decorativo respecto de los países industrializados.

En igual sentido, deben cuestionarse las afirmaciones de Schmidt respecto de la eficacia de la denominada “coordinación de las políticas macroeconómicas” dentro del Grupo de los Siete; existen varios estudios que muestran los limitados logros alcanzados por esa instancia de armonización de políticas.

Más recientemente, la llamada “guerra de las tasas de interés” ha permitido evidenciar la vigencia de diferencias estructurales y coyunturales, que reducen a mera formalidad ese mecanismo periódicamente utilizado por las potencias industrializadas.

Finalmente, otro aspecto que vale la pena precisar es la real dimensión y las características del flujo reciente de capitales externos hacia los países latinoamericanos. Schmidt recoge la evidencia de que en los últimos años se ha reactivado la corriente de capitales hacia la región; sin embargo, no puntualiza algunas características de esos flujos de capitales, como son: su concentración en un reducido número de países, principalmente México, Chile, Brasil y en menor medida Argentina; los nexos evidentes que mantiene con el proceso de privatización de empresas públicas, es decir que no son la apertura comercial y un nuevo marco legal y administrativo para los capitales extranjeros los que provocan esa corriente, sino las oportunidades altamente rentables que ofrece la liquidación de activos y empresas públicas en América Latina; por último, ese flujo de capitales tiene un alto contenido especulativo, adoptando la forma de inversión extranjera o compra de bonos principalmente, y está determinada en gran parte por las altas tasas de interés y/o por la devaluación de las monedas, como lo establece un informe reciente de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD).

Esos factores tienen evidentemente un impacto negativo sobre los niveles de competitividad de las industrias latinoamericanas, reforzando la orientación primaria de estos países.

En consecuencia, las precisiones respecto de las modalidades y la dirección que adoptan estas nuevas corrientes financieras hacia América Latina son relevantes para estimar su impacto en el corto y en el mediano plazo, en particular sobre la estructura productiva y la competitividad de nuestros países.

En cualquier caso, estas observaciones no hacen sino relieves el interés por la lectura del trabajo de Wolfgang Schmidt, altamente crítico y motivador respecto de las vías que adoptan los economistas latinoamericanos para enfrentar la crisis y sus derivaciones sociales y culturales.

Con este provocador y estimulante libro, Schmidt nos sorprende una vez más con su agudo pensamiento crítico, que en algunas secciones muestra una gran profundidad, sin caer en los estériles academicismos tan en boga en este tipo de escritos. La magistral introducción, el análisis de la lógica de la crisis de los ochenta, las tesis en que recusa los enfoques que observan la causa de nuestros males en la abultada deuda externa y la descripción del “capitalismo de casino”, así como el cuestionamiento de las estrategias de “desarrollo”, tanto de los cepalinos, como del Consenso de Washington, los compartimos a grandes rasgos.

El problema del libro -es decir del autor- surge, en nuestra opinión, en sus dos últimas partes, las más novedosas pero también las menos trabajadas, donde cuestiona los enfoques de “autocentramiento” y en la que propone su propia propuesta para el futuro. Es en estos aspectos que centraremos nuestros comentarios.

Respecto a su propia propuesta de “especialización flexible y la sociedad multicultural”, baste decir que toda ella se sustenta en las supuestas bondades -por no decir maravillas- que ofrece la revolución electrónica, en que basa todas sus expectativas, a sabiendas que no existen las condiciones internas (no solo políticas, sino ni siquiera las económicas, culturales y sociales) para aplicarla y, mucho menos, están disponibles tales tecnologías para la gran mayoría de nuestra población. Gracias a la aplicación de las innovaciones de esta revolución tecnológica se llegaría a descentralizar la economía y a reestructurar ecológicamente la sociedad industrial. El determinismo tecnológico del enfoque está a la vista, peligrosamente similar al que pro-

pone la CEPAL (en su 'Transformación Productiva con Equidad'), si bien en otra otra escala.

Albuquerque es muy claro a este efecto: "La mitificación excesiva y, por tanto, la falta de actitudes críticas que se advierte extensivamente ante las llamadas `nuevas tecnologías`, en cuyo simple desarrollo parece confiarse la solución de nuestros principales problemas, olvidando que dicho proceso de desarrollo tecnológico, en su lógica actual (esto es, bajo las relaciones sociales y de poder desiguales en que éste se desenvuelve), incluye un determinado `paradigma tecno-económico` liderado y orientado por los intereses de las principales empresas de los países capitalistas más desarrollados".

Paradójicamente, sin embargo, las demás metas y expectativas de su propuesta coinciden con las del autocentramiento, tales como la idea del mestizaje, la creación de estructuras locales de poder y control, la importancia de la intervención estatal reformada, la diversificación de la producción agropecuaria, el énfasis en el medio ambiente, etc.

De ahí que optemos por centrar el resto de estos comentarios del libro, referida a la utopía del Desarrollo Autocentrado o la ilusión de la "desconexión". Bajo este título, Schmidt busca cuestionar lo que denomina una de las "pocas estrategias opuestas a la política de 'apertura'" y que "se inscribe ciertamente en la tradición de la utopía de la autonomía latinoamericana", nombrando entre sus autores (que son los que Schmidt parecería conocer) a Samir Amin, Dieter Senghaas, Aníbal Quijano y Jurgen Schuldt, todos los que defenderían una propuesta de "desarrollo autocentrado". Concepto éste que, dicho sea de paso, no es compartido por todos ellos, ni siquiera es utilizado en sus textos por cada uno de los nombrados. Lo que es más, cuando

lo usan, le dan contenidos divergentes entre sí. Por lo que habría sido interesante que Schmidt, no sólo analizara el término en sí, sino también los diversos contenidos y usos que le dan los autores mencionados. Veamos cada uno de los cuestionamientos al autocentramiento.

En primer lugar, según Schmidt, esta propuesta -que él asume homogénea, por lo que no distingue sus diversas variedades diferenciales- “parte de las pocas posibilidades que ofrece el mercado mundial para las economías latinoamericanas y rechaza el desarrollo ‘hacia afuera’, como el causante principal de las estructuras socioeconómicas distorsionadas”. A esto habría que señalar lo siguiente, desde la perspectiva de quienes defendemos el Autocentramiento (AC de ahora en adelante) o propuestas emparentadas:

a) Se da la impresión que esta estrategia alternativa deriva del hecho que las condiciones del mercado mundial no son buenas para el desarrollo de nuestros países, cuando éste solo es un fenómeno marginal, tanto para cuestionar el neoliberalismo aperturista (que adolece de limitaciones teóricas, metodológicas, de implementación, de coherencia y empíricas), como para construir una estrategia alternativa. En este sentido asimila la propuesta a la de la CEPAL en sus años primigenios, ya que ellos efectivamente partieron (aunque también esto es exagerado) de las asimetrías del mercado mundial.

b) Se nos achaca compartir el diagnóstico de la más primitiva teoría de la dependencia, en que los ‘factores externos’ serían el causante esencial de todos nuestros males. Cuando sabemos que hay defensores del AC que han mostrado que con “apertura” es posible desarrollarse (por ejemplo, Senghaas y Menzel) y que la periferización estriba sobre todo en las condiciones inter-

nas a nuestras economías y sociedades, donde deben buscarse efectivamente las principales causas del subdesarrollo.

c) Se hace creer que las “estructuras socioeconómicas distorsionadas” serían el principal problema y consecuencia de la dependencia, cuando de hecho algunos autores del AC observan en esa heterogeneidad socioeconómica un potencial, más que un obstáculo, para el desarrollo.

En segundo lugar, señala que esta estrategia de AC es “la alternativa más difundida e influyente en los círculos de oposición latinoamericana”, aunque después relativiza este enunciado, enfatizando en que es solo una “de las pocas alternativas que están circulando en el mercado de las ciencias sociales”. Me parece que exagera la difusión de la propuesta, ya que no conozco a nadie (quizás exceptuando a Coraggio y, hasta cierto punto, Quijano, que no usan el término) que la defienda en América Latina y mucho menos en el “mercado” de las ciencias sociales. Nos gustaría escuchar nombres de quienes apoyan este enfoque en el subcontinente. Creo que, frente a la arremetida del Consenso de Washington, nos estamos quedando solos.

Una tercera crítica de Schmidt señala que “la desconexión propuesta por List se ubica en una situación histórica muy diferente a la situación actual”, por lo que no sería aplicable, ya que interrumpiría “los circuitos reproductivos de tal manera que imposibilitaría un modelo que favorece la estrategia mediante la industria manufacturera como eje del crecimiento” y desembocaría en una “estrategia concentrada en la agricultura y las artesanías”. A lo que preguntaríamos cómo hicieron los países del Sudeste Asiático -si bien con otro contenido- para ‘desarrollarse’. Fueron esas experiencias precisamente las que nos enseñaron -siguiendo la teoría de List y los pasos del Japón- los réditos que

otorga cerrarse a la economía mundial (casi completamente) entre fines del siglo pasado y 1945 y, con posterioridad, en forma selectiva. Por otra parte, no vemos cómo la propuesta de AC tendría que llevar a la Edad de Piedra, cuando nuestro énfasis en los ámbitos local-regionales, permitiría una acelerada y concatenada industrialización rural que potenciaría la agricultura, con lo que se desarrollarían nuestros mercados internos y las fuerzas productivas.

En cuarta instancia, nos dice el autor, “La pérdida del saber autóctono andino es palpable, y su influencia en el mundo urbano se ha reducido drásticamente. Los procesos técnicos dominantes dependen del saber occidental, y los aportes tecnológicos latinoamericanos más bien son contados”. Es decir, no nos podemos desconectar del “saber occidental”. De manera que se nos achaca una especie de autarquización de economía y sociedad en el ‘modelo’ autocentrado, sobre todo en materia tecnológica. Se quiere dar a entender que con nuestros ‘propias tecnologías’ se haría todo (andenes, camellones, tintes naturales, etc.), cuando lo único que se afirma son dos cosas: que debemos tratar de recuperar -modernizándolas- nuestras tecnologías autóctonas y que requerimos adaptar creativamente las tecnologías foráneas, ajustándolas a la dotación de recursos y a nuestra idiosincracia.

En quinto lugar, Schmidt afirma que “en las sociedades urbanas no existe un sistema de ‘preferencias genuinas’. Al contrario, cada día más se pronuncian los modelos de consumo occidental, y sin una dictadura ascética no se ve como cambiar los automóviles por bicicletas, las hamburguesas por tamales y los edificios de hormigón por casas de adobe”, en que “la atracción del consumo occidental parece imparable”. A ese respecto, lo que decimos es que (al margen que no más de un 5% de la

población podrá darse el lujo de tener un automóvil): a. Necesitamos producir bienes que estén al alcance del pueblo (incluso se podrían fabricar televisores baratos); b. Ciertos bienes de la industria moderna (p.ej. bloques de cemento) no se producen más eficientemente que los de las tradicionales (ladrillos), sino que están distorsionados por subsidios de diversa índole que le dan la “ilusión de productividad” (cuando tienen crédito subsidiado, insumos importados que no pagan aranceles, etc.); c. Interesa producir bienes y servicios que utilicen los recursos propios más abundantes, más que dilapidar capital y divisas en productos que solo se pueden fabricar con modelos, tecnologías, insumos y hasta trabajadores extranjeros; d. debe darse prioridad al consumo colectivo respecto al privado (caso del transporte público).

Sexto: “La utopía del autocentramiento parte del supuesto de que el ingreso relativamente igualitario y la estructura social homogénea eran las condiciones sociales del desarrollo europeo”. “Tampoco los ingresos igualitarios eran condición del crecimiento económico”. A esto solo cabe responder que los trabajos de Marx y de Elsenhans para Europa, así como los de Fajnzylber y la CEPAL para América Latina, como muchos otros referidos al Sudeste Asiático, muestran que el proceso de desarrollo capitalista -transpuesta la fase de acumulación originaria- se llevó a cabo en un entorno de relativa igualdad (con un coeficiente de Gini menor a 0.4). Esto es comprensible, desde que por el lado de la demanda se van generando mercados de masas, sin las que la acumulación -a la larga- no avanzaría.

En séptimo lugar, indica que es necesaria una revolución política para gestar los prerequisites del AC (p.ej. la necesidad de una distribución más igualitaria de la propiedad). Es precisamente eso lo que se pretende motivar a través del AC, por los

medios que él mismo nombra. Es decir, la estrategia de AC parte precisamente de espacios local-regionales para constituir sujetos sociales que puedan ir generando un contrapoder popular. La propuesta económica está dirigida precisamente a ésto. El camino será muy largo, pero abre siquiera alguna esperanza en este gris mundo del neoliberalismo.

